

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1854. — Tomo IV.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

AÑO 13. — N° 104.

Administracion general, calle del faubourg Montmartre, n° 10, en Paris.

SUMARIO.

Huracan del 14 de noviembre en el mar Negro; grabado. — Revista de Paris. — La batalla de Inkermann; grabado. — La isla de Jersey; grabados. — El siglo de oro. — Apuntes sobre la Rusia contemporánea; grabados. — La princesa Mery. — El fatalista. — Los pensamientos. — Ali y Ahmed. — Descripción del bordado. — El mes de Diciembre; grabado.

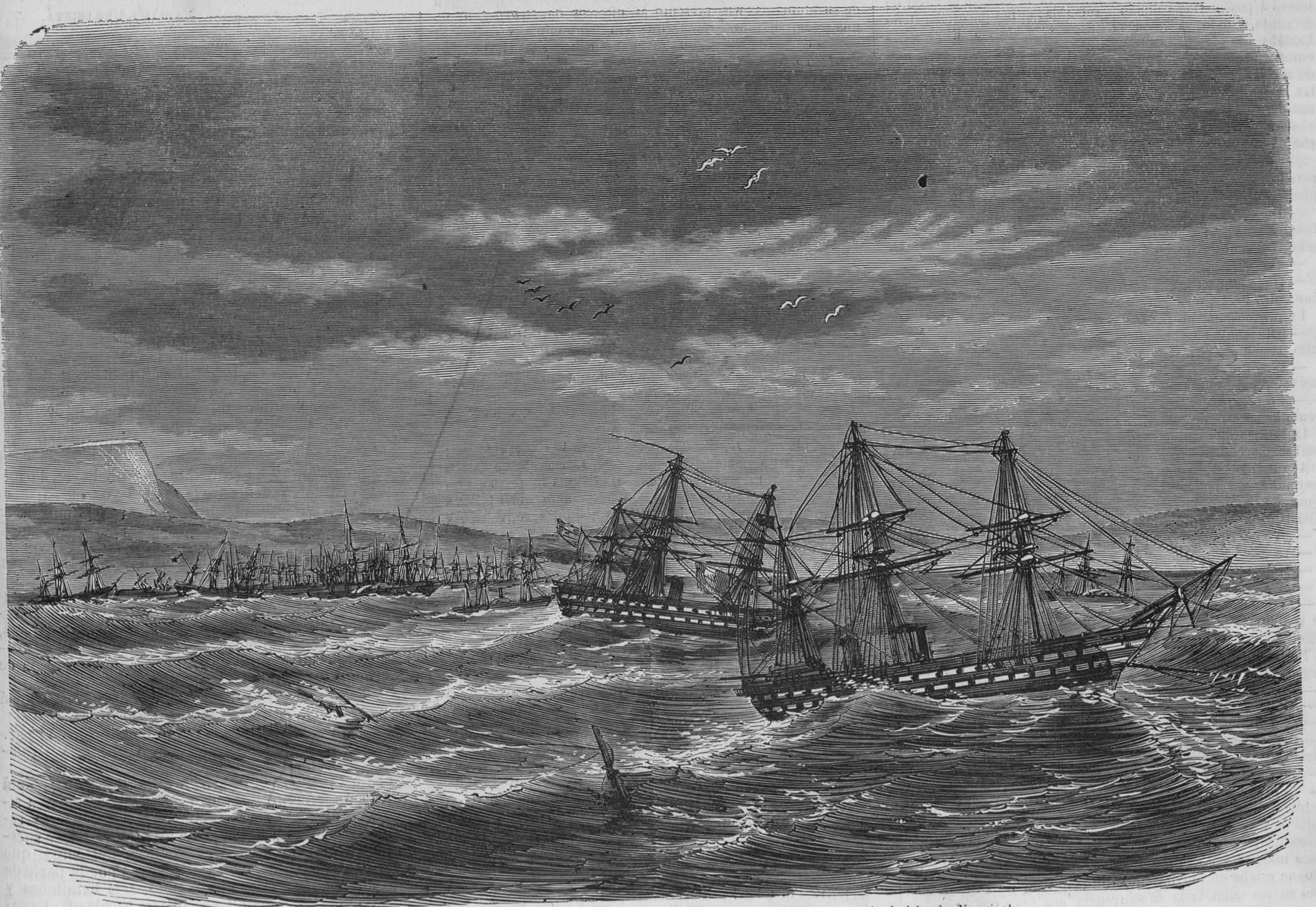
Huracan del 14 de noviembre en el mar Negro.

Sobre esta horrible catástrofe bemos los siguientes

pormenores en una carta fechada el 18 en la Crimea: « A las seis de la tarde del 14 nos llega una ráfaga de viento capaz de arrebatarlo todo; al principio venia del Sur variable al S. O. siempre arreciando; á las doce era cosa de no poder mantenerse nadie en pié sobre el puente. Delante de Katcha el *Jupiter* era violentamente impelido contra el *Jean-Bart* por una mar espantosa; desde las doce á las seis de la tarde, el huracan parecia redoblar; era un torbellino increíble. En ese momento fueron arrastrados á la costa, sobre la playa del Katcha trece buques mercantes. A las tres el viento pasó al Oeste, algo menos fuerte. ¡Pero qué mar! ha sido preciso que nuestros navios hicieran prodigios de habilidad para no desaparecer despedazados unos contra otros en un choque inmenso. Luego, llegó la noche. Debeis suponer si nos habrá parecido larga. A las doce

el navio almirante turco, que garraba prodigiosamente, toma un partido heróico, pica y echa abajo sus palos, y los despojes son arrebatados al punto por el viento como una hoja muerta. A las dos se calma el viento y la mar, y luego amanece.

» Entonces todos los ojos se dirigen al horizonte, y principiamos á contarnos. ¡Qué felicidad! ¡Ninguno faltaba, ingleses y franceses! Por lo demás, los buques de vela tenian todos mas ó menos averías. Los menos maltratados eran los vapores surtos en el Katcha, el *Canadá*, el *Cacique*, el *Primauguet* y el *Megère*, y que habian podido hacer funcionar su máquina toda la noche evitando así muchos peligros. Entonces se ha tratado de socorrer á los naufragados, que los cosacos perseguian y robaban. Pero júzguese de la violencia de la mar: una ballenera de la *Ville de Paris*, que se



Huracan del 14 de noviembre en el mar Negro, vista tomada en la abertura de la bahía de Kamiesh.

había lanzado á esa misión, zozobró y fué hecha pedazos en un abrir y cerrar de ojos.

» En Kerson las desgracias son ménos numerosas. Cuatro buques mercantes fueron arrojados contra la costa. Los navíos de hélice el *Montebello*, el *Napoleon* y el *Jean-Bart* han hecho andar sus máquinas toda la noche y han salido del apuro.

» En Eupatoria el *Henri IV* y el *Pluton* han sido ménos felices, pues han sido arrojados á la costa con siete ú ocho trasportes ingleses y un navío otomano. Y sin embargo se habían tomado de antemano las mayores precauciones y las medidas más enérgicas por el digno comandante Tchenne. Afortunadamente nadie ha perecido, y se ha salvado todo el material.

Revista de Paris.

Hace quince días ha venido á desenlazarse una aventura bastante singular, que cuenta ya de fecha algunos años. Era en 1836. Una jóven artista y un abogado en ciernes se querían con ese amor de la juventud que nos arrastra á todas las locuras; la palabra de casamiento estaba dada; la madre de la novia consentía, y en cuanto á la familia del futuro había esperanzas de que diera también su asentimiento. Un domingo, pues, nuestro abogado, que no pensaba más que en obsequiar á la que era su constante anhelo, propuso un paseo por el campo, que la madre aceptó muy gustosa en vista de que el sol parisiense había juzgado oportuno desembarazarse aquella mañana de sus nieblas, favor que el astro luminoso nos dispensa en Paris muy raras veces.

En efecto, los enamorados salen de la capital por los Campos-Eliseos y la barrera de la Estrella, y despues de pasar el día en el bosque de Boulogne, se van á comer á la fonda. Preciso sería no ser de Paris para carecer de apetito en cuanto se han atravesado las puertas, y en cuanto los pies han hollado la yerba raquíca que crece entre la arena y el polvo. Nuestro abogado con su futura consorte y su señora madre, llegan pues á ese famoso *restaurant* que llaman *Madrid*, ignoramos con qué motivo.

Entraremos aquí, dijo el estudiante que se sentía devorado por un apetito sin límites.

— Entremos, respondió la madre que estaba también en buenas disposiciones para hacer honor á la comida.

— Mozo, gritó el abogado al primero que apareció por el jardín, danos un buen cuarto.

— El que Vd. guste, caballero; ó si prefiere Vd. la sala grande...

— Vamos á la sala grande.

Los tres personajes se sentaron á una mesa, comieron y bebieron abundantemente, y concluida la comida salieron de nuevo á paseo. Hacia una luna soberbia; el bosque estaba lleno de gente, y todo respiraba el placer y la alegría. El abogado hablaba á la jóven de sus proyectos, de sus esperanzas con una embriaguez poco disimulada, cuando á la revuelta de una calle de árboles se apareció delante de ellos un jóven militar con las insignias de subteniente, que se quedó parado, y mirando con descaro á la jóven, la dijo con atrevimiento:

— Buenas noches, señorita; ¿por qué casualidad tengo la dicha de encontrar á Vd. aquí á tales horas?

¿Era una equivocación? No lo sabemos. La madre se quedó petrificada, y el abogado se enderezó como picado de una serpiente.

— Despacio, prosiguió el oficial, tiempo tenemos para enfadarnos; por esta noche, me limitaré á pedir su brazo á esta señorita para continuar el paseo.

— ¿Caballero!

— Nada de voces; si Vd. se enfada, le propondré para mañana otro paseo, á la hora que tenga por conveniente.

La provocación no podía ser más clara.

— Está muy bien, mañana espero á Vd. en este mismo sitio, respondió el abogado.

— Pero eso no será obstáculo para que nos paseemos esta noche, repuso el militar con insolencia.

— Lo será, caballero; nosotros no nos acompañamos con gente de su especie.

La llegada de algunos paseantes puso fin al coloquio, y cada cual se marchó por su lado.

Al otro día, al despuntar la aurora, el abogado que no tenía costumbre de hallarse en tales lances, se presentó solo en el punto de reunión, aunque armado con un par de pistolas. El oficial llegó también casi al mismo tiempo.

— ¿Viene Vd. solo? le preguntó el militar.

— Ya lo ve Vd.

— ¿Cómo! ¿sin padrinos?

— ¿Y para qué sirven?

— Está muy bien, caballero; pero debo decir á Vd. que me he venido sin armas, porque no le creí de humor tan belicoso.

— No le hace, yo traigo un par de pistolas; una sola está cargada, con que elija Vd. y tire.

— Señor mío, está Vd. loco.

— Siento no poderle decir á Vd. lo mismo, caballero.

— ¿Y por qué?

— Porque para estar loco es preciso haber perdido la inteligencia que Vd. nunca ha tenido.

— En guardia, caballero.

— Tire Vd., pero pronto; tenga Vd. cuidado, su mano tiembla...

Salió el tiro y el abogado cayó; el militar desapareció inmediatamente.

Hace unos quince días, el famoso *restaurant* del bosque de Boulogne estaba en movimiento. Su amo daba un baile de sociedad en sus salones; la concurrencia era muy numerosa, y

á los sonidos de una orquesta brillante bailaban unas trecientas personas. Al rededor del salón principal se veían algunas familias.

En una de las extremidades del salón una mujer de unos treinta años disfrutaba también del espectáculo, acompañada de un hombre que tendría cuarenta, de un exterior grave y sin severidad, y que consideraba también con mucho gozo el contento de aquella muchedumbre. Eran casados.

Esta pareja no habría llamado la atención en la sala de baile, si un capitán alto y hermoso no hubiese estado dando vueltas en su derredor con la intención evidente de dirigirle la palabra. Las buenas lenguas cuchicheaban ya por lo bajo, cuando el capitán acercándose respetuosamente á la señora, la preguntó si no había sido la señorita Fr...

La jóven se sonrojó algun tanto y se inclinó.

— Es ella, es ella, murmuraba el capitán.

Y dirigiéndose al marido continuó:

— Caballero, si no estuviera bien seguro de haberle muerto á Vd. hace catorce años, juraría que es Vd. el que estoy viendo ahora.

— Mi querido capitán, los hombres que Vd. mata viven despues perfectamente, respondió el marido.

En un instante se descubrió todo el misterio.

El jóven abogado no era cobarde sin duda alguna, pero había juzgado prudente no exponerse á merced de una bala de plomo, y había cargado las pistolas con muchas precauciones, prometiéndose hacer el muerto al primer tiro que disparara su adversario. En cuanto al oficial, creyendo haber muerto á un hombre, había solicitado y obtenido el pasar al ejército de Africa, de donde había vuelto con el grado de capitán y la condecoración de la Legión de Honor, por sus hechos de armas.

El abogado que se casó con la jóven artista y el capitán han quedado muy amigos, y se proponen celebrar todos los años mientras estén juntos el aniversario de aquel lance curioso con una comida campestre donde se verificó el burlesco desafío.

Vamos á terminar esta revista con una curiosa anécdota teatral, relativa á un autor y dos actrices de mucha nombradía en Inglaterra.

Gregorio Mateo Lewis ha sido uno de los autores dramáticos más fecundos que han tenido los ingleses. Sus piezas representadas en *Covent-Garden*, y despues en *Drury-Lane*, obtuvieron alternativamente bueno y mal éxito; por regla general puede decirse que cuenta tantos triunfos como derrotas. Su libertad para escribir era extremada; un día le criticaron que había introducido negras en uno de sus dramas, cuando en la época en que pasaba la acción, la América no se había descubierto todavía.

— ¿Y qué le hace eso? respondió; si juzgase que pueden producir efecto las heroínas azules, no habría una en mis dramas que no lo fuera.

Con tales disposiciones hay mucho adelantado, sobre todo cuando el autor ha caído en gracia, y que los empresarios se hallan dispuestos á recibir todas las extravagancias que salgan de su pluma. Lewis presentó al director de *Drury-Lane* no una pieza, sino una escena que era pantomima y drama al mismo tiempo, pues solo una persona hablaba en ella; era la creación más negra, más triste y lamentable que se le había ocurrido al dramaturgo. Este capricho se llamaba la *Cautiva*, monodrama, y debía ser representado por miss Elena Brown, una actriz de gran mérito. Miss Elena hizo cuanto era preciso hacer para producir un efecto prodigioso; no era azul, pero tenía grandes y hermosos ojos negros rebosando melancolía, facciones nobles, un órgano de voz muy tierno; en suma, era una mujer hermosa, y Lewis contaba con un triunfo seguro.

— Ya verás, amigo mío, decía al capitán L..., miss Elena hará llorar á toda la Inglaterra; los pañuelos blancos van á subir de precio.

El capitán quiso presenciar un ensayo, y su amigo se apresuró á satisfacer este deseo.

— ¿Qué te parece mi pieza? le preguntó Lewis.

— Mi querido amigo, respondió el capitán, te confieso, aun cuando deba herirte en tu amor propio de autor, que no he formado opinion alguna sobre ella.

— ¿Cómo pues?

— Sin que pueda decir que me he dormido completamente durante el ensayo, he tenido un sueño.

Lewis se separó de su amigo algo incomodado, y no quiso que le contara su sueño.

Al día siguiente se disponía ya todo para la representación; miss Elena Brown se vestía en su palco, se cargaba de blanco las mejillas á fin de salir bien pálida, esparcía sobre su cuello y sus blancos hombros sus cabellos desesperados, abría los ojos con extravió, y preparaba sus nervios para las convulsiones teatrales, cuando el capitán L... entró en su cuarto.

— Miss Elena, la dijo, la amo á Vd., la adoro, tengo el grado de capitán y dos mil libras esterlinas de renta... ¿Quiere Vd. casarse conmigo?

La actriz clavó sus ojos en el capitán durante algunos instantes.

— Con mucho gusto, le respondió al cabo de una pausa.

— Pero esto ha de ser con una condición, añadió el capitán.

— Veamos.

— Lo siento mucho por mi amigo Lewis, pero no ha de salir Vd. á las tablas esta noche. Ya que está convenido nuestro matrimonio, no quiero que nadie la vuelva á ver á Vd. en el teatro.

— En efecto, es de sentir por M. Lewis, dijo la pérdida Elena; es un sugeto muy estimable.

Y al decir esto, la jóven actriz reunía sus cabellos, borraba las lágrimas de goma de que había inundado su rostro, y concluido su tocado, tomó el brazo del capitán y salió con él de *Drury-Lane*.

Entretanto el público esperaba.

— ¡Arriba el telón! gritaban en el patio y en los palcos.

El empresario no podía comprender la ausencia de Elena;

pero cuando se persuadió de que era cierta, no tuvo más remedio que comunicársela al público.

— Señores, dijo con una voz contrita, miss Elena se ha evaporado...

— ¡Evaporado! repitieron por todas partes.

— Sí, como un humo ligero, ó por mejor decir, la han visto salir del teatro en compañía de un caballero...

Entonces tomando un aire triste y poniéndose la mano sobre el corazón, añadió:

— ¡Los enemigos de mi teatro!

— No, señor empresario; ya está Vd. viendo que es el amor y nada más.

La representación de *la Cautiva* se aplazó para más adelante.

Lewis al saber que había sido su amigo el capitán el que le había robado á Elena, se puso furioso y le envió una provocación de desafío. El capitán había salido de Londres con su Elena y no recibió la carta. Se casó en Dublin donde tenía su familia y sus haciendas, y pasada la luna de miel se volvió á Londres.

— ¡Ah, ah! dijo al encontrar entre los papeles de su correspondencia la famosa carta, parece que mi amigo Lewis quiere batirse; ¿qué piensas de ello, Elena?

Elena pensó que convenía cenar y acostarse, dejando para el día siguiente el exámen del negocio. Lo mismo pensó el capitán.

A la otra mañana llegó Lewis, y principió por arrojarle en los brazos del capitán.

— Mi querido amigo, le dijo, cuántas gracias te doy por lo que ha pasado; me quitaste de Londres á miss Elena que carecía de fuerza, de sensibilidad; sus acentos no llegaban al corazón; he encontrado una que la aventaja.

— ¿De veras? ¿con qué ya no quieres batirme?

— ¡Batirme, cuando te estoy dando las gracias! ¡He encontrado á mistress Litchfields!

— ¿Y dices que la aventaja?

— Si, sí, amigo; mistress Litchfields ha ofrecido anoche un espectáculo que será inmortal en los anales dramáticos de la Gran Bretaña.

Lewis no se engañaba; mistress Litchfields produjo un efecto tan terrible, que su mismo triunfo impidió que se continuaran las representaciones de la obra de Lewis. El juego escénico de la actriz, los pormenores del teatro, la sombría energía del poema, producían en el auditorio una impresión difícil de describir; se vieron mujeres que salían de los palcos gritando, otras con accidentes, y el patio se hallaba sobrecogido de un vértigo inaudito en los fastos dramáticos; por último el horror que inspiró fué tan completo, que no se atrevieron á representar la pieza una segunda noche. Lewis al dar cuenta á su madre de aquella escena singular, dice que mistress Litchfields que se hallaba encargada del único recitado que hay en el monodrama, estuvo para desmayarse, y que él mismo también se sintió malo.

La reputación que cobró con este hecho mistress Litchfields ha sido inmensa.

MARIANO URRABIETA.

La batalla de Inkermann.

Siguiendo hoy aquí la ilación de los acontecimientos del teatro de la guerra, interrumpida en nuestro último número porque carecíamos de los dibujos explicatorios que han llegado ya á nuestras manos, principiaremos por trascribir á continuación los documentos oficiales más importantes sobre la batalla de Inkermann, dejando para el próximo número los detalles que tenemos á la vista en nuestras correspondencias particulares.

He aquí el parte del general Canrobert fechado el 7 de noviembre de 1854 delante de Sebastopol, y dirigido al ministro de la Guerra:

Tengo la honra de confirmaros mi parte telegráfico de fecha de 6 de noviembre concebido como sigue.

El ejército ruso, engruesado con refuerzos llegados del Danubio y las reservas reunidas en las provincias meridionales, y animado por la presencia de los grandes duques Miguel y Nicolás, atacó ayer la derecha de la posición que delante de la plaza ocupaban los ingleses.

El ejército inglés ha sostenido el combate con la más notable energía, y á apoyarle mandé yo una parte de la división Bosquet, que combatió con admirable valor, y las tropas que más próximas de allí se hallaban. El enemigo, en número mucho mayor que el nuestro, fué batido en retirada con pérdidas enormes, valuadas en 8 ó 9000 hombres.

Esta lucha porfiada ha durado todo el día. A mi izquierda ha tenido el general Forey que rechazar al mismo tiempo una salida de la guarnición. Las tropas, energicamente conducidas por él, han obligado al enemigo á volverse á encerrar en la plaza con pérdida de unos 1000 hombres.

Esta brillante jornada, que no ha dejado de costar á los aliados, hace el mayor honor á nuestras armas.

La acción de que sumariamente hace mérito el parte telegráfico que antecede ha sido vivísima y sumamente reñida.

Desde los primeros disparos los desertores llegados á nuestro campamento nos han revelado la verdadera situación del ejército ruso en cuanto á su efectivo, y estamos en disposición de calcular los refuerzos que sucesivamente ha recibido desde la batalla del Alma, que son: primero, los contingentes llegados por la parte de Asia, de Kertch y de Kaffa; segundo, seis batallones y destacamentos de marinos venidos de Nicolaeiff; tercero, cuatro batallones de cosacos del mar Negro; cuarto,

una gran parte del ejército del Danubio 10, 11 y 12 division de infantería, que forma el cuarto cuerpo de ejército al mando del general Dannenberg.

Estas tres divisiones han sido trasportadas en posta con su artillería, de Odesa á Sinferopol en pocos dias.

Y finalmente han llegado los grandes duques Miguel y Nicolás, cuya presencia no ha podido menos de animar aquel ejército que, con la guarnicion de Sebastopol, forma un conjunto de 100,000 hombres por lo ménos.

De ellos, 45,000 han sorprendido la punta de las alturas de Inkermann que no habia podido el ejército inglés ocupar con bastantes fuerzas. Seis mil ingleses nada mas han tomado parte en la accion, por hallarse el resto ocupado en los trabajos de sitio, y han sostenido denodadamente el choque hasta el momento en que el general Bosquet, acudiendo con una parte de su division, pudo prestarles un concurso que determinó el triunfo. No se sabe qué alabar más, si la energía con que durante mucho tiempo hicieron cara nuestros aliados á la tormenta, ó el inteligente vigor que para atacar al enemigo que los revasaba por su derecha, mostró el general Bosquet, á la cabeza de una parte de las brigadas Bourbaki y Antemarre.

El tercer regimiento de zuavos, mandado por los comandantes Montandon y Dubos ha justificado de la manera mas brillante la antigua reputacion del arma. Los tiradores argelinos, con su coronel Wimpffen, un batallon del 7º ligero con su comandante Vaifdier, y el 6º de línea con su coronel Camas, han rivalizado en ardor. Tres veces se ha repetido el ataque á la bayoneta, y solo al tercer choque ha cedido el enemigo, dejando el campo cubierto de sus muertos y de sus heridos. La artillería rusa de posicion y de campaña era muy superior en número y ocupaba una eminencia. Dos baterías de á caballo, al mando del comandante La Boussinière, y una batería de la 2ª division de infantería conducida por el comandante Barral, y todas ellas reunidas al mando del coronel Forgeot, han sostenido de consuno con la artillería inglesa, durante todo el dia la lucha.

El enemigo se ha decidido á bajar en retirada, dejando mas de 3,000 muertos, un gran número de heridos, algunos centenares de prisioneros y varios armones de la artillería en poder de los aliados. Sus pérdidas, en totalidad, no pueden valuarse en ménos de 8 á 10,000.

En tanto que por la derecha ocurría esto, unos 3,000 hombres de la guarnicion efectuaban por la izquierda de nuestros ataques una vigorosa salida, á favor de una espesa niebla, por los barrancos que facilitan sus apaches. Las tropas del servicio de trinchera, á las órdenes del general la Motte-Rouge, marcharon al enemigo, que habia ocupado ya dos de nuestras baterías, y le rechazaron, matándole mas de 200 hombres en el terreno mismo destinado á las baterías.

El general de division Forey, que manda el cuerpo del sitio, llegó, á favor de rápidas y hábiles disposiciones, con las tropas de la cuarta division, en apoyo de sus guardias de trinchera, y marchó él mismo á la cabeza del quinto batallon de cazadores. Los rusos, rechazados en toda la línea, se retiraban precipitadamente y con grandes pérdidas á la plaza, cuando el general Lourmel, viéndolos huir delante de él, y dejándose llevar por un valor caballeresco, se lanzó en seguimiento suyo con su brigada hasta los muros de la plaza, donde cayó gravemente herido, no sin que al general Forey costase mucho trabajo sacarle de la posicion muy adelantada que en su exceso de bravura hizo tomar á su brigada. La de Aurelle, que por la parte de la izquierda ocupaba una excelente posicion, protegió esta retirada que se efectuó bajo el fuego de la plaza y con pérdidas sensibles. El coronel Niol, del 26º de línea, que perdió sus dos jefes de batallon, tomó el mando de la brigada, cuya conducta ha sido sumamente enérgica y denodada. El enemigo en esta salida ha perdido unos 4000 hombres muertos, heridos ó prisioneros, y ha recibido un golpe moral y material de mucha consideracion.

La batalla de Inkermann y el combate sostenido por el cuerpo de sitio, han sido gloriosos para nuestras armas, y han acrecido la fuerza moral que consigo llevan los ejércitos aliados. Las pérdidas que hemos tenido se elevan, en el ejército inglés, á 2,400 hombres muertos y heridos, y entre ellos figuran siete generales, de los cuales tres muertos; en el ejército francés se elevan á 1,726 de una y otra de aquella categoría. Sentimos amargamente la pérdida del general Lourmel, muerto de su herida, y á quienes sus brillantes dotes militares y privadas tenian al parecer reservado para un gran porvenir. Tambien tengo el sentimiento de anunciaros la muerte del coronel Camas, del 6º de línea, al frente de su tropa, en el momento de ir á dar un ataque al enemigo.

No hay palabras con que encarecer el vigor de las tropas aliadas sometidas á la doble prueba de un sitio como no hubo otro jamás, y de combates que recuerdan las mayores luchas de nuestra historia militar.

CANROBERT.

Con fecha del 8, lord Raglan dirige tambien el siguiente parte al duque de Newcastle:

Tengo la honra de anunciar á V. G., que el ejército de mi mando, enérgicamente auxiliado por el cuerpo de observacion del ejército francés, mandado por un oficial muy distinguido, como lo es el general Bosquet, ha rechazado victoriosamente un ataque muy vigoroso y muy resuelto, dado por el enemigo en la mañana del 5 del corriente contra nuestra posicion que domina las ruinas de Inkermann.

En mi carta del dia 3 informé á V. G. de que el enemigo se habia reforzado considerablemente en el valle del Tchernaya. Al dia siguiente se hizo mas marcado el aumento de sus fuerzas. Del Norte, evidentemente, habian venido gruesas masas de tropas, y por dos veces se advirtió en el campamento ruso la llegada de personajes de nota.

Luego supe que el cuarto cuerpo de ejército, conducido á la ligera y en carros del país, habia llegado de Moldavia, y que á él debia seguir inmediatamente el tercero. De esperar y muy pronto era algun gran movimiento.

El 5, pues, algo antes de ser de dia, gruesas columnas enemigas atacaron nuestros puestos avanzados que cubrian la derecha de la posicion. Aquellos puestos combatiéron con un valor admirable defendiendo el terreno palmo á palmo contra fuerzas muy superiores, hasta que en su auxilio llegó la segunda division, mandada por el mayor general Pennefolker, que inmediatamente se puso sobre las armas y tomó allí posicion con sus piezas de campaña.

La division ligera, mandada por el teniente general sir Jorge Brown, llegó tambien sin pérdida de tiempo. La primera brigada, al mando del mayor general Codrington, ocupaba por la izquierda los terrenos que en declive conducen á Sebastopol, cubriendo nuestra batería de la derecha, y la segunda brigada al mando del brigadier general Buller, formó á la derecha de la segunda division, llevando delante de sí al regimiento número 88, mandado por el teniente coronel Jeffens.

La brigada de los guardias, á las órdenes de S. A. R. el duque de Cambridge y del mayor general Bentinck, avanzó tambien, y tomó un punto muy importante á la extrema derecha de la línea de la segunda division, pero separada de ella por un barranco muy hondo, y con nuestros cañones unidos á los de la segunda division. La cuarta, mandada por el teniente general sir Jorge Cathcart, salió de su campamento, y se dirigió hácia adelante y la derecha del punto atacado: la primera brigada, á las órdenes del brigadier general Goldie, tomó direccion hácia la izquierda de la carretera de Inkermann, y la segunda brigada, de que era jefe el brigadier general Towns, se colocó á la derecha de la misma carretera y sobre las alturas que dominan el valle del Tchernaya.

La tercera division, mandada por el teniente general sir Ricardo England, ocupó en parte el terreno abandonado por la cuarta division, y apoyó la division ligera con dos regimientos puestos á las órdenes del brigadier general sir Juan Cambell. El brigadier general Eyre mandaba las tropas de la trinchera.

La mañana estaba oscura, y caia una lluvia fria, de tal manera que apenas podia distinguirse otra cosa que el fuego y el humo de la artillería y el mas nutrido aun de la fusilería. Pronto, empero, se hizo evidente que el enemigo, protegido por nubes de tiradores, y sostenido por fuertes columnas de infantería, habia colocado una porcion de cañones de grueso calibre en los terrenos elevados sobre la izquierda y en frente de la segunda division, en tanto que varias columnas de infantería atacaban con gran vigor á la brigada de los guardias.

En las cuestas que se hallaban á nuestra izquierda colocó el enemigo nuevas baterías de gruesa artillería, cuyas piezas, sin perjuicio de los cañones de marina y de los de la plaza, ascendian en número á 90. Protegidas por un fuego terrible, acompañado de balas rasas, de bombas y de granadas, avanzaban las columnas rusas, y en número tal, que fuerza fué á nuestras tropas hacer, para resistirlas, prodigios de valor.

En esto, llegando por nuestra derecha dos batallones de infantería francesa, mandados á la primera señal por el general Bosquet, contribuyeron muy útilmente al buen éxito de nuestra resistencia, animando á nuestros soldados, cargando al enemigo de arriba abajo de la colina y causándole grandes pérdidas.

Por aquel tiempo, dió el enemigo á nuestra extrema izquierda un vigoroso ataque haciéndose por un momento dueño de cuatro cañones, de los cuales tres fueron recuperados por el regimiento número 88, y el cuarto por el regimiento número 77, al mando del teniente coronel Egerton. Por el lado opuesto, hallábase entretanto empeñada en reñidísimo combate la brigada de los guardias al mando de S. A. R. el duque de Cambridge.

Entretanto el enemigo, cubierto por espesos vallados, avanzaba en dos columnas compactas, y atacaba con mucha resolucion un pequeño reducto construido para dos cañones, pero no armado.

En este rudo combate, la brigada, despues de haber mostrado grande energía y valor, se vió obligada á retirarse ante un enemigo superior en número, hasta que, sostenida por un destacamento del 2º regimiento de la 4ª division, volvió á avanzar y recuperó el reducto.

Mas tarde, vino esta posicion á ser valerosamente ocupada por los franceses, en tanto que los guardias volvian prontamente á formarse sobre el flanco derecho de la 2ª division. Entónces el teniente general sir Jorge Cathcart, con algunas compañías del regimiento número 68, creyendo poder hacer un movimiento útil bajando al valle y cargando allí al enemigo por el flanco, avanzó rápidamente; pero se encontró con que las alturas estaban ocupadas por los rusos, y envuelto por fuerzas superiores, fué herido mortalmente en el momento en que hacia esfuerzos por repeler este ataque.

Un poco antes habia quedado herido de peligro el brigadier general Torwins, que se hallaba al frente del regimiento número 68.

Sin aflojar en ardor y sin resultado alguno definitivo, continuó luego la batalla hasta por la tarde, no dejando en todo este tiempo el enemigo de poner en línea todas sus baterías de campaña, las de la plaza y las de la marina.

Por la tarde, sin embargo, empezaron á ceder los rusos, y en breve tiempo, bien que el fuego no cesase, se hizo general la retirada, verificándola el enemigo en masas compactas por el puente de Inkermann y las colinas opuestas, y dejando en el campo de batalla de cinco á seis mil muertos y heridos, sin perjuicio de los de esta última clase que en gran número se habia llevado ya. En mi vida presencié espectáculo semejante al de aquel campo de batalla; pero en esto no insisto.

Hecho este completo relato de aquella sangrienta batalla, réstame dos deberes que cumplir, uno que me es muy grato, otro que me es sumamente penoso.

Es para mí satisfactorio en alto grado llamar la atencion de V. G. sobre la brillante conducta de las tropas aliadas. Los franceses y los ingleses han rivalizado en ardor, en valor y en abnegacion, bien que hayan tenido que habérselas con una fuerza infinitamente superior y que sufrir por espacio de muchas horas un fuego mortífero.

Hay que tener presente que, por espacio de muchas semanas, han tenido diariamente que soportar las mayores fatigas, y que muchos de ellos habian pasado la noche anterior en las trincheras.

Temeroso de cometer alguna inexactitud, no entro en pormenores sobre los movimientos de las tropas francesas; pero tengo á honra dar testimonio de su valor y de los servicios que con tanto vigor han prestado y pagar un justo tributo de admiracion á la conducta de su jefe inmediato, el general Bosquet.

Tambien siento particular satisfaccion en poder declarar públicamente la mucha estima en que tengo el auxilio que he recibido del general en jefe Canrobert, que en persona se hallaba en el terreno y en constante comunicacion conmigo. No encuentro voces con que encarecer su cordial cooperacion en todas aquellas circunstancias.

Herido en la batalla del Alma, lo ha sido tambien en la del 5; si bien espero que de estas heridas no se resentirá mucho tiempo.

En mi próximo despacho someteré á V. E. los nombres de los oficiales cuyos servicios han llegado á mi conocimiento. Hoy no quiero retardar la salida de la mala, pero tampoco puedo dejarla marchar sin decir algo á V. G. de la admirable conducta del teniente general sir Jorge Brown, que desgraciadamente ha sido herido de bala en un brazo (pero va bien); del teniente general S. A. R. el duque de Cambridge que se ha distinguido particularmente; del mayor general Pennefather, jefe de la segunda division, que fué quien recibió el primer ataque y ha hecho frente durante todo él á las mayores dificultades; del mayor general Bentinck, gravemente herido; del mayor general Codrington; de los brigadieres generales Adams, Towns y Buller gravemente heridos, si bien este último de ménos gravedad que los dos primeros.

Tambien debo y doy mis mas cumplidas gracias al teniente general sir Ricardo England por la excelente disposicion de su division y el auxilio que ha prestado á la izquierda de la division ligera, donde muy acertadamente se puso al brigadier general sir Juan Campbell, el cual efectivamente apoyó al mayor general Codrington; y tengo el mayor gusto en decir que el brigadier general Eyre ha sido el encargado del importante servicio de proteger las trincheras contra todo ataque de parte de la ciudad.

El teniente general Sir Lacy Evans, obligado por una indisposicion grave á retirarse algunos dias antes á bordo, se levantó de la cama á la noticia del ataque, y bien que, no bastante fuerte para tomar de manos del general Pennefather el mando de su division, no ha dejado de darle consejos y auxilios.

Es sumamente penoso para mí tener que someter á V. G. la lista de los muertos, heridos y ausentes en esta memorable accion. La pérdida es muy grande, y el servicio de S. M. ha perdido muchos excelentes oficiales y soldados. Entre los muertos encontrará V. G. los nombres del teniente general Sir Jorge Cathcart, y de los brigadieres generales Strangvays y Goldin.

Es difícil precisar el número de los hombres que el enemigo ha presentado en batalla. La configuracion del terreno no permitia á sus fuerzas desenvolverse mucho, y el ataque ha consistido en una serie de asaltos repetidos por gruesas masas en columnas; pero á juzgar por el número que en el llano se ha dejado ver cuando batian en retirada, tengo motivo para suponer que no habia de 60,000 hombres.

Su pérdida ha sido excesiva. En el campo de batalla podrá ascender á 3,000 hombres, y su total en muertos, heridos y prisioneros no ha debido ser ménos de 15,000.

Las tropas inglesas empeñadas en esta accion pasaban poco de 8,000 hombres, y á 6,000 nada mas se elevaba el número de las del general Bosquet. Las demás tropas francesas disponibles estaban en reserva.

Debo decir que el enemigo, al mismo tiempo que atacaba nuestra derecha, lo hacia á la izquierda de las trincheras francesas, donde llegó á entrar en dos baterías; pero viva y bizarramente rechazado de allí con pérdida considerable, ha sido enérgicamente perseguido hasta las murallas mismas de Sebastopol.

RAGLAN.



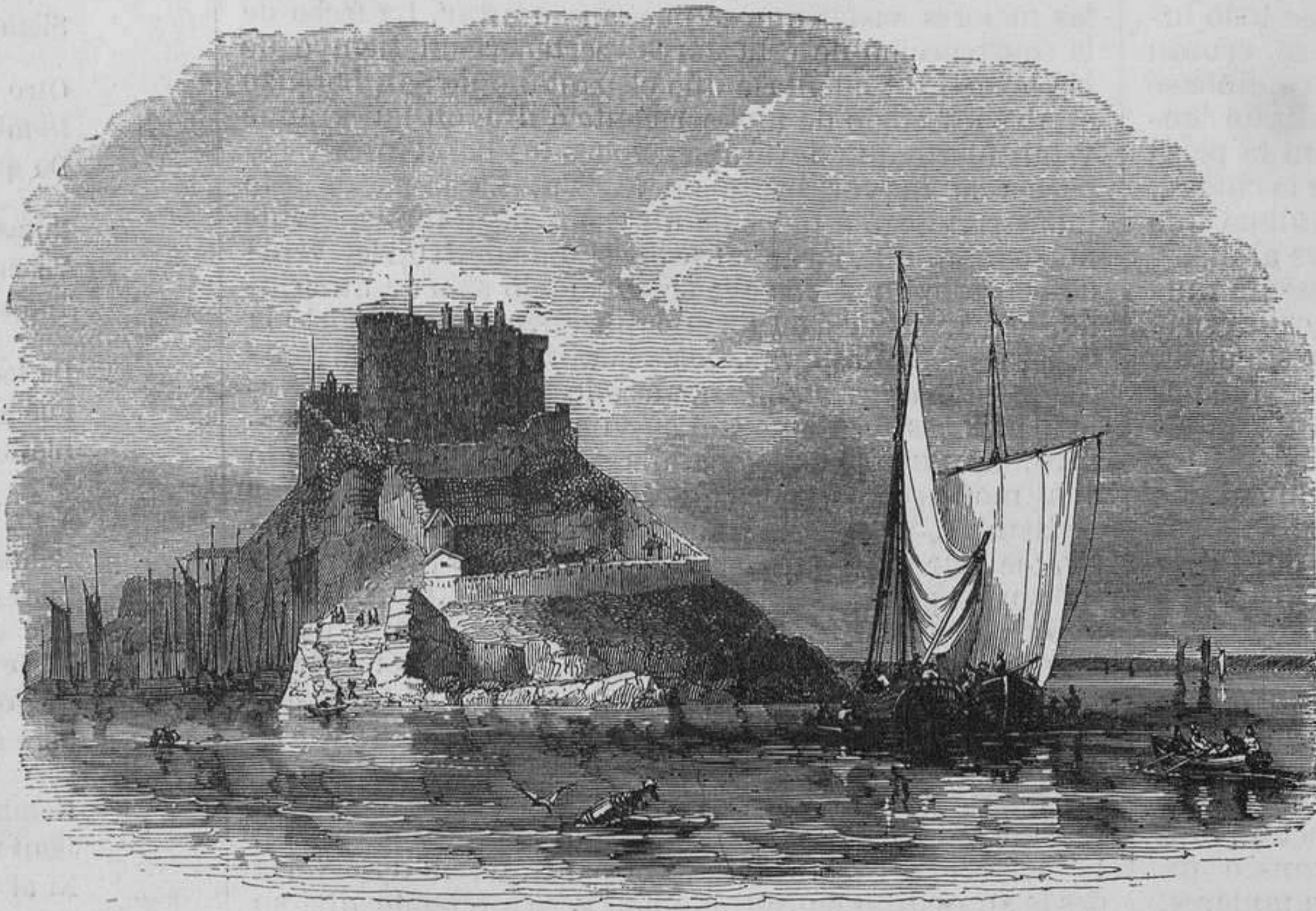
La batalla de Inkermann. — Configuración de los lugares en donde pasó la acción militar del 5 de noviembre de 1854.

La isla de Jersey.

LA CIUDAD DE SAN HELIER. — EL FUERTE-REGENTE. — EL CASTILLO ELISABETH. — EL CASTILLO MONTE-ORGULLO. — LA TORRE DE LA HOUGUE-BIE.

Centinela avanzada de la Gran-Bretaña sobre las costas de Francia, en medio del grupo de las islas inglesas ó de la Mancha, entre los cabos Jobourg y Frehel, la isla de Jersey es la mas importante por su extension y por sus habitantes. Su longitud del Noroeste al Sudoeste es de 24 kilómetros, su anchura de quince, y cuenta de poblacion unas 50,000 almas. La capital San Helier encierra la mitad de este número. Las costas gigantesca de la Normandía se extienden al Este; al Mediodía y al Oeste se pierden las riberas de la Bretaña, á las cuales parece estar unida la isla por una cadena de escollos, y por último hácia el Norte se distinguen Guernesey, Aurigny y Cers. La isla presenta al Sur un plano inclinado y una hermosa bahía. La parte Este desde el castillo de Monte-Orgullo, y toda la costa del Norte, ofrecen una sucesion continua de rocas á pico de una altura de 50 y 70 metros. Las rocas que rodean á la isla, y que sin duda formaron parte, hacen peligrosa la navegacion. La tradicion dice que Jersey estaba tan contigua á la Francia, que se pasaba por una tabla, pagando una módica retribucion á la abadía de Coutances.

El viajero que llega de Francia disfruta de un soberbio espectáculo. A la izquierda la Corbiere alza su cabeza con picos como una sierra, y á la derecha se alarga la masa negra y ondulosa del Monte-Orgullo. Despues se descubre el Fuerte-Regente con su palo de señales y sus bastiones gigantes, y al otro extremo Noirmont con sus hermosos castañares. Los campanariosse destacan sobre los valles, las blancas velas se reflejan en



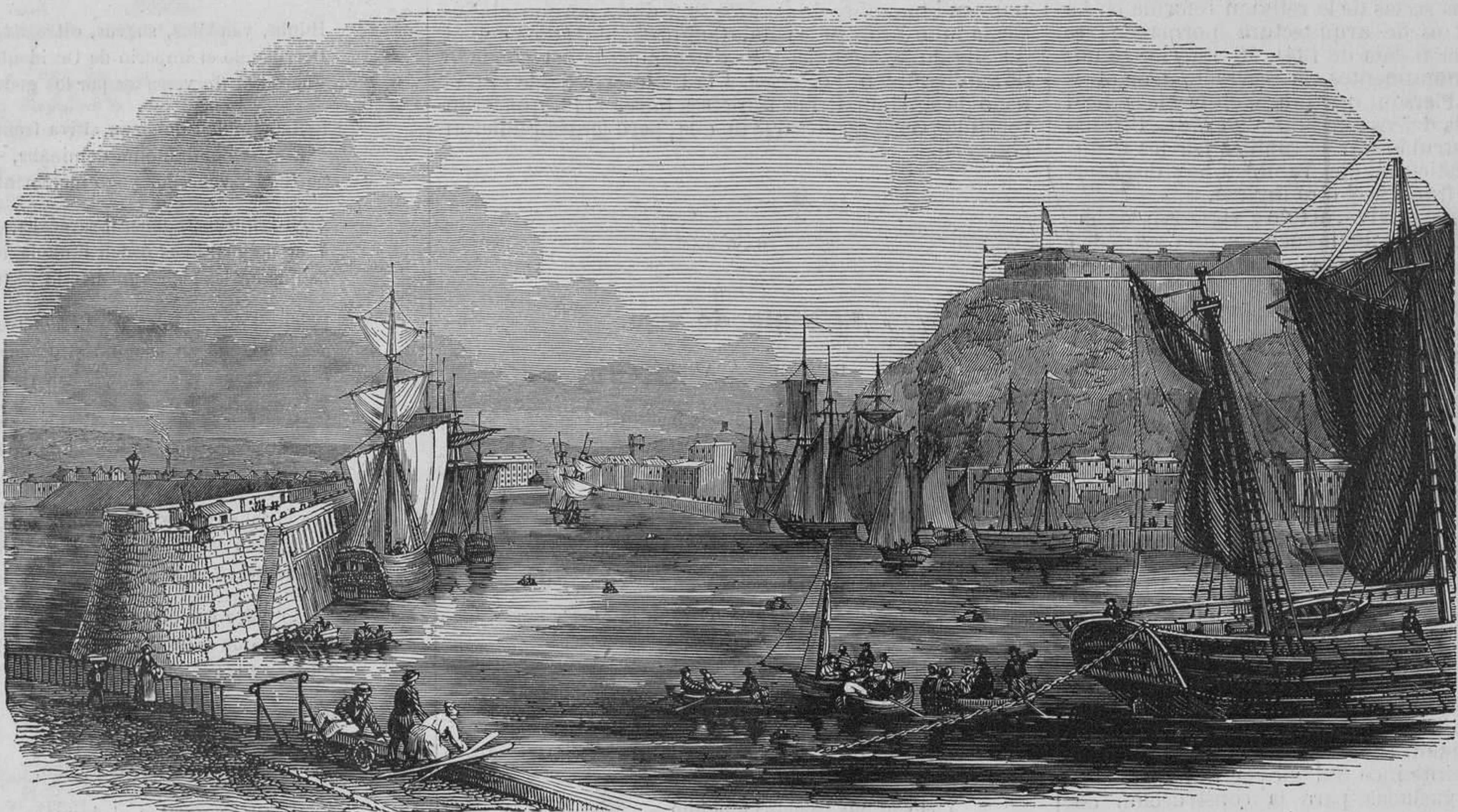
Jersey. — Castillo Monte-Orgullo.

las aguas sosegadas, la dorada arena de la playa se extiende al rededor, y ese hermoso conjunto presenta al fin al ojo extasiado la magnífica bahía de San Aubin. En ese hemicíclio que se despliega con tanta riqueza, la mirada descubre también las rocas de la Ermita, el castillo Elisabeth, y por último San Helier, que levanta al cielo sus nubes de humo.

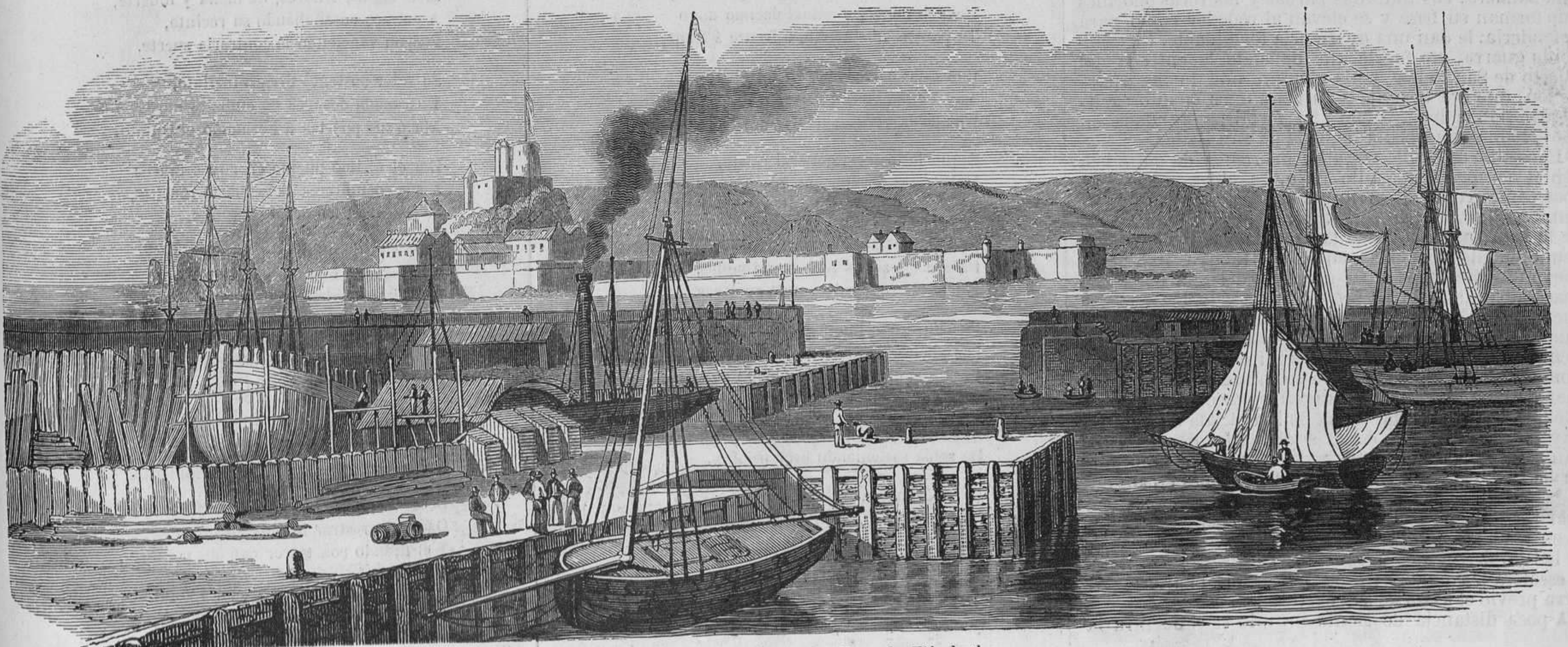
El puerto de San Helier colocado al Sudoeste del Fuerte-Regente que le domina, tiene la forma de un cuadrado largo, y hay en él buenos muelles; se seca en la marea baja; la marea sube hasta quince metros. Un ancho muelle va de la extremidad de la calzada hácia la poblacion, y se adelanta en línea recta hácia el monte Patibulario. Aunque seguro y de bastante capacidad, puesto que caben en él hasta cuatrocientos buques, el puerto se ha hecho muy estrecho, por lo que ha crecido el comercio. Por esta razon construyen otro al Mediodía del antiguo donde siempre los buques tendrán agua.

La ciudad de San Helier es notable por la limpieza de sus casas y calles; allí se hallan reunidos, el gusto, lo pintoresco y la salubridad en una armonia perfecta.

¿Cómo pueden verse y no admirarse sus bonitas casas, que parecen acabadas de hacer, con sus ricos y elegantes portales, y tanto almacén y tanta tienda que por su lujo y grandeza se parecen á las mejores casas parisien-ses? Solo desde hace unos veinticinco años ha tomado la ciudad una fisonomía inglesa. Los arrabales que se forman en un espacio dilatado, son ingleses, por sus jardinillos de-



Jersey. — Castillo de San Helier.



Jersey. — Fuertes de Pear-Head's y de Elisabeth.

fendidos por una berja que adorna la fachada de las habitaciones, por las medias lunas, las azoteas y las plazas sembradas de césped, con calles de arena. Los caminos que circulan allí estableciendo la comunicacion entre las diversas provincias, son anchos y llanos, con aceras y árboles para los paseantes; las principales señoras de la ciudad van por allí solas, de todo lujo, como por las calles, y por las calzadas se cruzan en todos sentidos hermosos carruajes. Estos caminos se deben en gran parte al general Don, un antiguo gobernador, á quien han erigido una estatua en la plaza de la Parada, que es una de las principales de la ciudad.

Entre San Helier y San Aubin, hay omnibus que recorren la distancia que media muchas veces al día.

Además de sus arrabales. San Helier presenta muchos puntos notables. Halkett-Place es una calle espaciosa, cuyas casas están edificadas con mucha simetría, de hermosas tiendas, y que se termina por buenos mercados cubiertos para el ganado, la manteca, las frutas y el pescado.

En medio de Royal-Square, plaza con pavimento de mármol, donde están los principales libreros, se eleva una estatua de Jorge II en traje militar romano. En la plaza está también el edificio donde se reúnen los Estados de Jersey y el Tribunal Supremo. El hospital general situado en Gloucester-Street, puede contener mas de 150 personas; todo está con el mayor aseo. La cárcel, junto á la plaza de la Parada, es muy grande, y la biblioteca al extremo de Broad-Street posee muchos miles de volúmenes. El teatro es notable por su azotea en forma de media luna. Los demás establecimientos públicos de Jersey son los siguientes: un museo, un instituto mecánico, una casa de reclusion para mujeres, una caja de ahorros, una sociedad de temperancia, otra de agricultura y otra de emulacion, que cada año otorga premios.

San Helier encierra además un crecido número de templos de diversas sectas de la religion reformada. La iglesia parroquial es de arquitectura normanda; se dice que su fundacion data de 1341. El interior es notable por varios monumentos de mármol, entre otros por el del mayor Pierson, que murió en la plaza Real combatiendo por la defensa de la isla en 1781. Ultimamente se han construido varias capillas por los metodistas, los independientes, etc. También hay dos capillas católicas, una francesa y otra inglesa.

El pueblo de Jersey es vivo, activo y vigoroso; los habitantes de los campos se distinguen por una sobriedad extremada. La lengua del país es un dialecto pintoresco y expresivo que se habla hoy como se hablaba hace muchos siglos. El francés es la lengua del foro, del púlpito y de los actos públicos, y generalmente la de los habitantes, aunque sin embargo el inglés se esparce mas de día en día.

El interior de la isla ofrece la imagen de un inmenso parque inglés; aquí se ven hermosos campos y huertas, mas allá campos bien cultivados, cubiertos de una rica vegetacion entrecortada de cristalinos arroyuelos; mas allá se ven alquerías de piedra y cubiertas con tejas, y por todas partes se descubren bonitas casas de recreo, la mayor parte de ellas con nombres franceses.

La ciudad de San Helier está protegida por el Fuerte-Regente, magnífica fortaleza en lo alto de Town-Hill, que se eleva á mas de 50 metros sobre el nivel del mar. Es de piedra; sus cuarteles están á prueba de bomba, y pueden contener hasta 5000 hombres de guarnicion. Los almacenes de provisiones están abiertos en la peña. El pozo que suministra el agua tiene 75 metros de profundidad, sesenta de ellos abiertos en la roca. En mas de veinticinco millones de francos se calculan las sumas gastadas para la construccion de aquella ciudadela que se construyó en 1815.

El castillo Elisabeth se halla colocado en el centro de la bahía de San Aubin sobre una roca aislada de un miriámetro de circuito: su antigua torre donde ondea una bandera, sus murallas pardas y las rocas enormes que forman su base y se elevan al rededor como para defenderla, le dan una apariencia formidable. En tiempo de guerra, ese fuerte que defiende la entrada del puerto de San Helier, tenia siempre una buena guarnicion, que hoy se halla reducida á unos cuantos artilleros. Donde hoy se eleva la fortaleza, fundada en 1551, habia una abadía llamada de San Helier.

El castillo de Monte-Orgullo, mas conocido en la isla con el nombre de Castillo-Viejo, se eleva sobre una roca cónica color de aceituna y rojiza que forma la punta de la bahía de Grouville. Colocado en la parte de la isla mas próxima á la Francia, su construccion reúne cuanto constituia en aquel tiempo una plaza inexpugnable. Defendido del lado del mar por rocas inaccesibles, se hallaba protegido del lado de tierra por fuertes murallas que se alzaban sobre la roca. Se dice que la primitiva construccion de este castillo, data del tiempo de Roberto, hijo primogénito de Guillermo el Conquistador. Sobre la puerta de entrada se ven las armas de Eduardo VI y el dragon rojo con la fecha de 1553. Bajo la bóveda, cerca de la entrada del castillo hay bancos de piedra, donde segun la tradicion juzgaban á los criminales, y en frente hay una celdilla que servia de última morada al condenado, pues en sus bóvedas estaba la horca que finalizaba con sus dias. Un cuartito bastante bien conservado fué habitado segun dicen por Carlos II cuando permaneció algunos meses en la isla, despues de la muerte de su padre. Aun se ve la escalera por donde se escapó para marchar á Inglaterra previó el aviso de sus partidarios.

A poca distancia de Monte-Orgullo se encuentra la

Hougue-Bie, torrecilla construida sobre un promontorio artificial, rodeada de hermosos árboles y cubierta de yedra desde su base hasta su cúspide; se llama también Torre del Principe porque fué propiedad del duque de Bouillon, almirante de la marina inglesa. Desde lo alto de ella se descubre casi toda la isla; es una de las mejores vistas que se puedan admirar. La fecha de la construccion de esta torre pertenece al tiempo de las leyendas: cuéntase que el pantano de San Lorenzo estaba infestado de una serpiente ó dragon tan grande y tan fuerte que devoraba á todos los habitantes y esparcia el mayor terror en la isla. La fama de este monstruo llegó á oídos de un señor de Hambie, noble normando, que formó el propósito de destruirle. Venido con este fin á Jersey, acompañado solo de un criado, logró vencer á su formidable enemigo y le cortó la cabeza, pero despues de este combate, cuando el vencedor estaba durmiendo, su criado le mató para robarle los bienes y casarse con su viuda. El criminal escudero, de vuelta en Normandía, dijo que habia matado él al monstruo, despues que el monstruo mató al señor de Hambie, y que este último al morir manifestó el deseo de que ella le otorgara su mano en recompensa. La viuda, por lo mucho que queria á su marido, dió al criado su fortuna y su mano, pero el delincuente atormentado por su conciencia, y vendido por sus remordimientos y por algunas palabras que se le escaparon en sus sueños, confesó el crimen, y la justicia le castigó como merecia. Entónces la viuda hizo levantar un monte funerario en el sitio donde habia perecido su marido, donde se construyeron una torre y una capilla. La torre era bastante elevada para que pudiese verla desde su castillo de Normandía, y se pretende que su nombre actual le viene de Hougue, que significa altura, y de Bie, terminacion final del nombre de aquel en cuya memoria fué erigida.

La isla de Jersey era conocida en tiempo de los romanos con el nombre de Cesárea, sin duda porque el César la honró con su visita. Comprendida ántes en el ducado de Normandía, y hoy dependiente del condado de Southampton, pertenece á la Inglaterra desde el reinado de Enrique I. Los franceses hasta 1779, quisieron repetidas veces apoderarse de ella, pero jamás pudieron obtenerlo.

El Siglo de Oro.

EPÍSTOLA Á ANDRÉS.

¿Qué pretendes Andrés? ¿te has vuelto loco?
¿No ves que si sucumbo á tu deseo
La cólera de muchos hoy provocho?...

¿No sabes que cada hombre es un proteo,
Y que si rasgo el tul que los disfrazo
Me expongo á padecer un vapuleo?...

Con hombres de ese temple, y de esa raza,
No quisiera yo andar en muchas bromas,
Por mas que conviniera darles caza.

Pero pues tan á pecho ya lo tomas,
Oye y guarda por Dios mucho sigilo,
Y con tu pan, Andrés, ahí te lo comas.

Y si con mis palabras aniquilo
Las mentidas visiones de tu mente,
Culpa tuya será, yo estoy tranquilo.

Que anduviste verás algo imprudente,
Cuando del siglo actual décimo nono
Te pongas tête à tête, ó frente á frente.

Con estas salvaduras en mi abono,
Voy á empezar mi relacion ingrata,
Hija de la verdad, no del encono.

Segun la historia general relata,
Hubo un siglo feliz, no sé en que tierra,
Al que llamaron siglo de oro ó plata.

La historia, á mi entender, aquí lo yerra,
Pues si los siglos hoy examinamos,
Mucho de falsedad el siglo encierra.

Por un breve momento recorramos
Las edades, Andrés, de las naciones,
Para que el siglo actual luego vengamos.

La Grecia con sus ínclitos varones
Es la primera que nos sale al paso,
De sabia sosteniendo pretensiones.

¿Y quién podrá negarla que era escaso
El mundo todo, al inspirado acento
De su ciego cantor, prez del Parnaso?

Sócrates y Platon, sin otros ciento,
Bastaran á alcanzar la primacia
Que á la Grecia legó su gran talento.

Nadie de oro á tal siglo llamaria,
Pues se aviene muy mal con el dictado
Lo que llaman los mas filosofia.

De sabia esa República ha logrado
Universal renombre, y el dinero
Siempre anduvo del genio divorciado.

Otro pueblo encontramos, que el primero
Dominó con su brazo el mundo todo,
Do quier llevando su triunfante acero.

Roma, el pueblo gigante, aquí acomodo,
Ya en tiempo de los cónsules, ó luego,
Tomara tal dictado por apodo.

De los vencidos sin oír el ruego,
Fué su constante ocupacion, lidiando,
Llevar pueblos y gente á sangre y fuego.

Y un pueblo de vivir tan poco blando,
Nadie de oro dirá que tuvo un dia,
Pues si grande vivió, vivió matando.

No te hablaré de la invasion impía
De las naciones bárbaras del Norte,
Porque esto inútil por demás seria.

Hombres de aquel calibre y de aquel porte
Jamás en su ignorancia conocieron
Ni al oro, ni las galas, ni la corte.

Para lidiar de su redil salieron,
Y uno tras otro por diversos modos
A su paso los pueblos destruyeron.

Hunos, vándalos, suevos, ostrogodos,
Derribando el imperio de Occidente,
Fueron al fin vencidos por los godos.

Roma también dobló su altiva frente,
Y España donde Roma dominaba,
Sufrió del vencedor yugo inclemente.

Aquí la historia general se acaba,
Y si no guardo el órden cronológico,
Es que en las fechas mi magin se traba.

Dejemos esto, que es tan paradójico,
Y recogiendo un poco nuestro vuelo,
Discurramos, Andrés, con órden lógico.

Dióle á la España por castigo el cielo,
De entre aquellos benditos uno que hizo
Un campo de Agramante nuestro suelo.

Era el tal en amor autojadizo,
Y obrando como imberbe mozalvete,
Se desbocaba al femenil hechizo.

Tanto calor nos colocó en un brete,
Pues una de estas llamas, con el trono,
En las aguas hundió del Guadalete.

Dejada así la España en abandono,
Siete siglos pasó en eterno ensayo
Por sacudir el arabesco encono.

No todos se rindieron al desmayo,
Pues hubo algunos que con pecho fuerte
Se alzaron en Astúrias con Pelayo.

Siete siglos, Andrés, de lucha y muerte,
A palmos ensanchando su recinto,
Fueron venciendo la contraria suerte.

Su valor sustentó divino instinto,
Y Granada despues de embates duros
Abrió sus puertas á Fernando el Quinto.

Era el último pueblo en cuyos muros
A sus costumbres dados harto muelles,
Se juzgaban los árabes seguros.

Todo aquí lo perdieron, patria y leyes,
Y enjugando marchó su triste llanto,
El último Boabdil, de aquellos reyes.

Dirás tú, Andrés, ¿á qué embolismo tanto?
¿A qué los pueblos revolver sin cuento,
Que fueron de la España horror y espanto?

En esto de juzgar, véte con tiento,
Pues ya verás, Andrés, y no te asombres,
Que no es mi relacion sin fundamento.

Desde entónces acá solo dos hombres
Osaron arrostrar hechos gigantes,
Y el mundo con terror oyó sus nombres.

De los dos que te cito, despues y ántes,
Puestos al lado en lo que llaman gloria,
Son todos los emás unos danzantes.

De Carlos Quinto la inmortal memoria,
Y de su hijo Felipe el fanatismo,
Guarda en letras de bronce ya la historia.

Mas hoy segun el nuevo catecismo
En vez de aquellos siglos, siglos de oro,
Los llamamos, Andrés, *de osecwantismo*.

¿Te agrada el términillo? Yo le adoro,
Y como estaba de *no ver* tan harto,
Otros y este aprendí como de cero.

En bien tuyo la época descarto
De cuchilladas y amorosas tretas,
Que en España alcanzó Felipe Cuarto.

Llamara yo á este siglo el de poetas,
Pero de *oro* jamás, pues con la rima,
Por las nubes andaban las pesetas.

¿Desde entónces acá no causa grima
Vernos juguete de extranjería saña,
Sin conseguir jamás quedar encima?

Mas hora es fuerza, Andrés, con arte y maña
Que te diga el *porqué* en espacio breve,
A disputar sin ley y sin conciencia,
De *siglo de oro* el nombre *al diez y nueve*.

Ya ves que ha habido siglos de gran ciencia,
Los *mas* fueron de hierro, y aun alguno
Podrá muy bien llamarse de indolencia.

Siglo de oro no vi siquiera uno,
Pero si tal dictado se pretende,
¿Le conviene al actual como á ninguno!

Y la razon el mas cerril la entiende,
Pues hecha en él la sociedad mercado,
Todo se compra ya, todo se vende.

Al principio del siglo el leon airado
Dió con audacia su postrer rugido,
Y el mismo esfuerzo le dejó postrado.

Desde entónces, Andrés, sigue dormido,
Y fiado los hombres en su sueño
Han su antiguo poder envilecido.

Hoy es otro de todos el empeño,
Y así verás que como tenga plata,
Lo puede todo ser cualquier cermeño.

No es decirte que el mérito se abata,
Pero hay tanto en Madrid que un hombre omniscio,
Te le encuentras, Andrés, bajo la pata.

Nos pagamos ya mas del frontispicio;
Y si viene apoyado en el dinero,
No deja á vacilar ningun resquicio.

El que esto tiene es sabio y caballero,
Y si reparte bien el *suministro*
Está de la fortuna en el sendero.

No ha de faltarte á tiempo algun registro,
Y á dos por tres se le verá ¡oh portento!...
Subir desde la nada hasta ministro.

Pero en esta materia voy con tiento,
Pues no quiero tener algun trabajo,
Si me pilla el fiscal á sotavento.

A objetos mas humildes me rebajo,
Que mis voces por mas que gruña y grite,
Como el ronco chillar se oirán del grajo.

Así pues cada cual haga su envite,
Que yo tambien por envidar el resto
A su tiempo quizá me desepite.

Mas ya te oigo exclamar algo indigesto,
¿Con *el siglo de oro* qué contacto
O qué similitud tiene todo esto?

Para la explicacion hacer con tacto,
Es necesario ver si el oro cunde,
Y entónce el dictadillo vendrá exacto.

El oro, por las señas, nos confunde,
Pues donde mas se vende con mas gracia,
Es preciso tambien que aquel abunde.

Todo de ese metal á la eticacia
Se rinde, desde luce en su apogeo,
Ese belen que llaman diplomacia.

Segun conviene, Andrés, á su deseo,
Las potencias mayúsculas, con oro
El equilibrio arreglan europeo:

Y lo que ántes se tuvo por desdoro,

Como freno corriente ya se tasca,
Pues diz no ofende al nacional decoro.

Si de orgullo algun pueblo da una basca,
Y logra contumaz prender la yesca,
Se le deja á merced de la borrasca:

Y del turbion en la revuelta gresca
Como en casa, mi Andrés, que se chamusca,
Cada potencia lo que quiere pesca,

Cual las provincias litorales busca,
Cual los pueblos de Méjico y Tabasco,
Cual se conforma con una hembra chusca.

Cada cual del imbécil lleva un casco,
Y en fuerza de llevar tanto mordisco
Queda el pobre paciente que da asco.

Siempre con los pequeños es el cisco:
Siempre el mas ruin se queda en el atranco,
Y es la víctima, Andrés, de aquel pedrisco.

Pero si se hace miope, sordo y manco,
Y no pone á lo que hagan vista fosca,
Se le da con largueza *ungüento blanco*.

¿Quién resiste al influjo de la *mosca*?
Y si esto pasa en ciencia tan cazurra,
Piensa lo que será en otra mas tosca.

Permiteme, pues, hora que me escurra,
Y sacudiendo la fatal modorra
A diestro y á siniestro dé una zurra.

El pretendiente aquí mucho se ahorra,
Pues sabe si el ingenio un poco aguza,
Que el empeño mejor es una... *zorra*.

Tiene su precio aquí cada lechuza,
Y alguna encontrarás con tanta roña
Que te baste una libra de merluza.

Esta querrá un collar, esa una moña,
Y aquella otra, pretérita estantigua,
Que la cantes tu amor á la zampona.

Nada le importará que en letra ambigua
Le digas tu pasion, como se aturda,
Que en saber la verdad siempre fué exigua.

Nadie urdirá lo que ella, Andrés, no urda,
Y á vuelta de esto, tu ambicion, sin marro,
Por senda lograrás derecha ó zurda.

Con otra, si ha de andar, untas el carro,
Pues siendo sin disputa una gran moza,
Le importará tu amor lo que un cigarro.

De gran poder con un ministro goza,
Y viendo que en sus ojos se electriza,
Con caricias las súplicas reboza.

¿Quién resiste si amor su fuego atiza?
Y el ministro que tiene poca cholla,
Nada le niega á quien así le hechiza.

Esta especulacion surte su olla,
Y goza y se regala, y luce y trisca,
La que por gran manjar comió cebolla.

Miéntra un necio tal vez, al verla arisca,
Canta su amor al son de la bandurria,
Ella con otro tal juega á la brisca;

Y si disipa del cantor la murria,
Diciéndole que le ama muy gitana,
Ese á morir se expone de estangurria.

Tal es aquí la dama cortesana,
Vende favores con mentira y dolo,
Para comprarlos á su vez mañana.

El que ya no progresa es un gran bolo,
Pues con dinero, Andrés, ó desvergüenza,
Nos atrevemos hasta al mismo Apolo.

No hay tropiezo que el oro no le venza,
Pues lo que únicamente aquí ya estorba
Para lograrlo todo, es la vergüenza.

El novel al magnate se le encorva,
Sin ver que en asediar su contumacia,
Es recibida con la vista torba.

Lamenta el majadero su desgracia,
Cuando hacerlo debiera á ser mas listo,
Tan solo de su nimia perspicacia.

Lo que en esto sucede y que ya has visto,
Sucede en lo demás, por el influjo
De ese metal maldito ¡vive Cristo!...

De lucir agujados por el flujo,
Se vende todo, empleos y mujeres,
Por que ya de vender es esto un lujo.

Tienen tambien su precio los placeres,
Y se hacen á porrillo si hay pesetas
Doctores, licenciados, bachilleres.

Los periódicos usan de mas tretas,
Pero se venden; y en habiendo maña
Se improvisan tambien grandes poetas.

La explicacion ya ves que no es extraña;
Ya conoces que no hay en ella encono,
Y que si un siglo de oro tuvo España,
Es el siglo, mi Andrés, décimo nono.

J. FRANCISCO DIAZ.

Apuntes sobre la Rusia contemporánea.

(Artículo último.)

LOS SIERVOS.

Hemos dicho que habia en Rusia 40 millones de siervos; cerca de la mitad pertenecen á la corona y la otra mitad á los veinte mil propietarios que constituyen la nobleza territorial; de lo cual resultan por término medio mil siervos por propietario.

Estos siervos componen en el fondo la verdadera nacion, á pesar de ser mirados como cosas por la ley, y no solo pueblan y cultivan los campos y alimentan el ejército y la marina, que sin ellos no existiria, sino que el núcleo de las clase media que empieza á formarse en el seno de las ciudades proviene en parte de los libertos, cuyo número aumenta de día en día.

No obstante, aunque pertenezcan á la corona ó á la nobleza, su condicion es con poca diferencia la misma, condicion que no es la mas propia para prepararlos á gozar la libertad y hacerlos de ella dignos.

El siervo ruso pertenece á la tierra donde nació ó á la que le ha enlazado su señor, y no puede abandonarla sin su permiso: pero el señor puede sacarlo de su aldea, de su familia, de su mujer y de sus hijos partrasladarlo, lo que sucede con frecuencia, á otra hacienda lejana, donde no podrá oír mas la voz querida de los que hasta entónces han sido objeto de su cariño.

No le es posible poseer en su nombre ningun inmueble, y los bienes muebles que adquiere con su trabajo son propiedad de su amo despues de su muerte, y este no deja nunca de apoderarse de ellos por escaso que sea su valor. Citarémos en apoyo de esta asercion dos hechos contados por M. Leouzon-le-Duc.

« Un número considerable de siervos pertenecientes á la familia Schérémeteff gozaban de una envidiable fortuna; la mayor parte de ellos poseian hasta bienes raíces adquiridos segun la ley en nombre de su señor; pero habiendo muerto el jefe de la familia ¿cuál fué la conducta que observaron los tutores del heredero menor de estos opulentos siervos? Se apoderaron de sus bienes. ¿No estaba en su derecho? En la época de su mayor edad, la desmembrada fortuna del jóven conde Schérémeteff le impidió sin duda resarcir á los legítimos propietarios de tan tiránica usurpacion.

» Un hecho mas reciente y acaecido en la misma familia hace resaltar todavía mas esta iniquidad. Murió un siervo nacido en sus dominios que habia pasado su vida en Moscou dedicándose al comercio, dejando entre otros bienes una cantidad de ciento cincuenta mil rublos depositados en el Banco; sus hijos á quien habia podido rescatar de la servidumbre y que formaban parte de una empresa mercantil, reclamaron como era natural la herencia de su padre, pero la reclamó tambien del conde Schérémeteff apoyándose en su derecho de propietario del difunto.

» Trabajó un proceso; pero ¿cuál fué la sentencia de los tribunales? ¿Podian acaso dejar de dar la razon al amo del difunto esclavo? Le fué pues adjudicada la cantidad, y los hijos perdieron el fruto de los sudores de su padre.

» Debemos además advertir que los dos hechos que acabo de citar recayeron en la familia que goza en el imperio la fama de tratar á sus siervos con mas humanidad y justicia.

Se nos preguntará tal vez como pueden llegar á enriquecerse esclavos que no poseen ni deben poseer en propiedad. He aquí explicado el problema.

Cada siervo tiene asignado en el dominio del señor una porcion de tierra, cuyo producto debe bastarle para alimentarse él y su familia; dispone de cuatro dias en la semana para cultivarla, y los tres restantes pertenecen al propietario del dominio, á no ser que este consienta en admitir en su lugar una retribucion en dinero convenida entre ambos.

No consiste en esto todo, pues acontece con frecuencia que el siervo consigue de su señor el permiso de ir á establecerse en una ciudad y dedicarse al comercio por menor ó á otra ocupacion accesible á su condicion de siervo, que jamás le abandona, y cuyas humillantes circunstancias solo pueden cesar con una completa libertad.

El siervo ruso llega algunas veces á gozar comodidades, y hasta riquezas en muy pocos casos por medio



Campeños rusos en viaje por el invierno.

de un trabajo asiduo, con economía y bajo la suposición de que se halla en poder de un amo tolerante y poco necesitado.

Pero es forzoso apresurarnos á decir que estos casos son raras excepciones, y que únicamente se citan por el contraste que forman con el estado, por decirlo así, normal de los siervos.

Este estado es en general de los mas miserables, y son herencia de los siervos rusos todos los vicios que puede producir, como son la ignorancia, la pereza, la embriaguez, la rapiña y la mas feroz violencia.

Es preciso convenir tambien en que los señores no ofrecen en su mayor parte un ejemplo de las virtudes opuestas á estos vicios cuando la templanza de la estacion los traslada á sus tierras.

El gran señor moscovita vive en medio de sus vastos dominios sin temor de oír las quejas ó las acusaciones de sus siervos, porque no es admitido, segun la legislación rusa, que el esclavo pueda servir de testigo contra su amo, y se abandona por lo regular á la vida mas desahogada y la mas coptraria para regenerar las costumbres brutales de los numerosos servicios sobre los cuales reina con autoridad sin límites ni apelacion.

Pero es tal el imperio del hábito y la influencia prolongada de una servidumbre inmemorial, que apenas llegan los señores rusos á sus tierras, cuando son objeto del mayor respeto y casi de adoracion; pero es verdad tambien que el siervo moscovita está acostumbrado á manifestar estos sentimientos veraces ó ficticios



Aldeano ruso, vestido de invierno.

la facultad que goza el señor ruso de apalear ó hacer apalear á sus siervos, y deben temblar ante el palo tanto ancianos y jóvenes, como hombres hechos, mujeres casadas aunque estén embarazadas, y muchachas solteras. Es la última ratio necesaria é inexorable; el señor no se separa jamás del palo, y ya por sí, ya por otros, no cesa de usarlo y de vigilar su aplicacion. ¿No se ha hablado acaso de uno de estos señores, que descontento de un siervo á quien habia dado un encargo confidencial, le hizo ir al centro de Italia, donde se hallaba, le mandó dar una terrible paliza, y despues le volvió á enviar inmediatamente á su aldea?

Es fácil presagiar, que bajo semejante régimen y á pesar de la resignacion de los mongiks ó siervos rusos, llegan momentos en que el deseo de la venganza triunfa en su corazon de los demás sentimientos. Esta venganza es entonces terrible; citarémos un ejemplo :

En el año de 1841, un jóven teniente de la guardia imperial heredó dos mil siervos y partió á sus tierras para saborearse con sus derechos de propietario. Pocos dias despues de su llegada convió á algunos de sus camaradas para celebrar su fiesta en su castillo. La comida fué espléndida y terminó con una desenfrenada orgia. El anfitrión mandó llamar doce doncellas elegidas entre las aldeanas del dominio para saciar los brutales deseos de su nuevo amo y de sus amigos, pero una de ellas se resistió y se salvó con la fuga. Diéronse órdenes para seguirla, ¿y sabeis quién fueron los encargados de cumplirlas? El hermano y el amante de la jóven.

por el estímulo poderoso del palo y del látigo.

¿Quién puede calcular el número de palos ó latigazos que se dan en Rusia en el intervalo de un año? Es un argumento universal, que se aplica en todos los casos. El menor descuido y olvido, aunque sea involuntario, y con mucha mas razon las faltas graves, se solventan por medio del palo que enarbola el mismo señor ó los ejecutores á quienes llama para reemplazarle en el ejercicio de este derecho señorial. Esto ha dado origen al refran tan repetido en Rusia: *Hombre apaleado vale por dos.* Segun M. Léounzon-le-Duc es ilimitada



Aldeanas que van al mercado.



Aldeanos borrachos.



Bollero ambulante.

nen aun toda la barbarie y ferocidad de la edad media en Europa ó de los esclavos en las colonias.

Y sin embargo á juzgar por el hermoso tipo de la raza, no se diria que unos hombres de tan bella figura, notables por sus cabellos rubios, su tez sonrosada, sus hermosos ojos azules grandes y rasgados, y por la perfeccion de su perfil que recuerda las estatuas griegas, pertenecen á un pueblo esclavo. Los aldeanos rusos tienen la elegancia innata de los hombres de pura raza eslava; su carácter es dulce y sencillo, aunque á veces se muestra irónico y falso; regularmente domina en ellos esa melancolía propia de un pueblo resignado.

Si se tiene en cuenta la violencia insuportable que debe ofrecer en ellos esa inflexible ley que fija el hombre á la tierra, se comprenderá el sentimiento enérgico que impulsa al campesino ruso á salir del dominio de su amo. Por eso el aldeano ruso trata de elegir oficios mecánicos en



Mercader de té ambulante.

Cayó no obstante en sus manos y no pudo evitar segunda vez su deshonor, pero la querida favorita del teniente observaba desde el aposento donde se hallaba aprisionada las peripecias de la orgia con el corazón devorado por la cólera y los celos. Luego que se restableció el silencio y cayeron vencidos por el sueño los embriagados libertinos, salió secretamente del castillo y corrió á la aldea á contar á los campesinos lo que acababa de suceder. Pronto se oyeron gritos de muerte y venganza, y una turba armada de palos, cuchillos y fusiles guiada por la jóven, se arrojó sobre el castillo y le prendieron fuego. Pocos momentos despues brotaron las llamas por todas partes; el amo se despertó ántes que sus compañeros, se levantó aterrado tratando de huir, pero al saltar la tapia de su jardín, una bala le traspasó el corazón. Los convidados estaban en tanto en la mayor alarma, y cayeron juntos en medio de los maderos abrasados, siendo todos víctimas del furor de los aldeanos. Viendo estos que su señor vivia aun, le arrastraron hasta una inmensa hoguera que habian formado con vigas arrancadas del techo del castillo, y prendiéndola fuego, vieron con placer á su señor, espirando en medio de los espantosos tormentos.

¿No parece esto una escena de la edad media ó un episodio del tiempo de la Jaquería! Si la nobleza de Rusia tiene toda la elegancia, instrucción, y preciso es decirlo, todos los vicios de la civilización moderna, también es cierto que el pueblo, mas bien los siervos, tie-



Aldeano tomando té.

detrimento de la agricultura. Todos los años, al principio de la primavera, los caminos se cubren de carabanas de trabajadores que van á buscar ocupacion donde la encuentren. El comercio se surte de brazos reclutándolos en el camino. Es preciso haber encontrado á esos viajeros, para comprender con que facilidad el espíritu del siervo se aligera bajo la influencia de esa sombra de libertad de que disfruta un momento. Ese carruaje de una sencillez antigua, tirado por uno ó mas caballos, segun los recursos del amo, se compone de la mitad de un tonel puesto sobre dos varas con ejes, bajo el cual se instala la familia con todo el ajuar casero.

En general el aldeano ruso tiene cierta expresion de altivez motivada no por la estimacion de sí mismo, sino por los efectos de una rudeza natural. Su paso es seguro; vestido como todos los hombres del pueblo, con el capote de pieles en invierno y el ancho pantalón sobre el cual pasan sus botas de cuero, con la cabeza cubierta con un gorro de pieles, parece un hombre de una condicion muy humilde. Las mujeres del pueblo son, por lo general, ménos hermosas. Su traje en las ciudades del interior ostenta diferencias características así como el de los hombres (1); pero en el campo lo comun es ir descalzas y toscamente vestidas. Todas carecen de elegan-

(1) Véanse las páginas 412 y 413 de este número, donde damos un cuadro de trajes campesinos rusos, en viaje por el invierno.



Inválidos rusos enseñando el ejercicio á los niños.

cia y tienen un aire muy pesado. Carecen de la viveza de los hombres, y por una contradicción muy singular, demuestran poca afición á los adornos.

Las gentes del pueblo se embriagan con mucha frecuencia, y todos los medios que se han adoptado para atajar esta pasión fatal, han sido hasta el día insuficientes. El uso del té, que principia ya á introducirse en las clases bajas, no ha podido tampoco disminuir esa inclinación á la embriaguez, que puede considerarse como un vicio nacional en Rusia.

NOVELAS RUSAS.

IV.

La princesa Mery.

(Continuación.)

Recorriendo con mi imaginación lo pasado, me pregunto para qué he nacido, para qué he vivido... Seguramente tenía un alto destino, porque siento en mi alma fuerzas inmensas. Pero no he sabido mirarlo cara á cara, los engaños de bajas y vanas pasiones me han arrastrado; yo he salido de su hornillo duro como el hierro frío, y he perdido para siempre la más hermosa flor de la vida, todos los nobles sentimientos que adornaban mi alma. Y desde aquel tiempo, ¡cuántas veces no he servido de hacha á la mano de la suerte! Como el instrumento del suplicio, yo hería las víctimas, muchas veces sin cólera y siempre sin compasión!... Mi amor no ha hecho nunca feliz á nadie, porque no sé hacer sacrificios por las personas que amo; he amado para mí mismo, por mi propio placer; yo satisfacía el hambre de mi corazón devorando tontos sentimientos, alegrías; dolores... y jamás he podido quedarme saciado...

Mañana moriré tal vez... y no quedará en la tierra un sér que me haya comprendido bien. Los unos me creen mejor, los otros más malo de lo que soy... Y al cabo, ¿vale la vida tanto que se inquiete uno por ella? ¡Sin embargo, la curiosidad es el aliciente de la vida! Todos los días esperamos cosas nuevas. ¡Esto es ridículo y fastidioso!

Dos meses va á hacer que estoy en el fuerte N.; Máximo Maximitch está de caza; yo estoy solo cerca de mi ventana; las nubes cubren las montañas, y el sol en el cielo parece al de un teatro. Hace frío; el viento sopla. Me aburro. Voy á continuar mi diario, interrumpido por tantos acontecimientos.

Al releer las últimas páginas, no pude menos de sonreír. Creía morir. Era imposible; yo no había apurado la copa de mis amarguras, y siento ahora que tengo que vivir todavía mucho tiempo. — Lo pasado se ha grabado tan profundamente en mi memoria, que el tiempo no ha podido borrar una sola línea de su fisonomía.

Recuerdo que la noche que precedió á mi duelo no pude cerrar los ojos un solo instante. No escribí mucho, porque se había apoderado de mí una secreta inquietud. Me puse á pasearme por el cuarto, luego me senté y cogí una novela de Walter Scott que estaba en mi mesa; al principio me costó trabajo el fijarme, pero me dejé dominar pronto por el encanto de la narración.

Amaneció: mis nervios se habían calmado un poco. Me miraba en el espejo; la palidez cubría mi frente que conservaba todas las huellas del insomnio; pero mis ojos, aunque rodeados de un cerco negro, brillaban bien, y quedé contento conmigo mismo.

Me vestí y me fui á meter en el baño, dando orden primero de ensillar los caballos. Al sumergirme en la fuente fría del Narsan, sentí que recobraba las fuerzas del cuerpo y del alma.

Salí del baño fresco y dispuesto como para ir al baile. — ¡Qué se diga después que el alma es independiente del cuerpo! Al volver á mi casa, encontré al médico. Llevaba pantalones grises y una gorra de circasiano. Solté la carcajada al ver aquella figurilla bajo aquella gorra de pelo.

El médico no tiene absolutamente aire militar. — ¿Por qué tiene Vd., señor médico, ese mal humor? ¿No ha acompañado Vd. mil veces á gentes que se iban al otro mundo con la más completa indiferencia? Figúrese Vd. que tengo la fiebre amarilla; yo puedo curar, y puedo morir. Procure Vd. considerarme como un hombre atacado por una enfermedad que os sea desconocida; vuestra curiosidad será mucha, y podréis hacer sobre mí tan interesantes observaciones fisiológicas como Vd. guste. ¿Una muerte violenta en perspectiva no es una verdadera enfermedad?

Esta idea llamó la atención del médico, que tomó un aire más alegre.

Montamos á caballo; Verner agarró las bridas con las dos manos y partimos.

Pasamos á caballo por delante del fuerte, y llegamos á la garganta por donde serpentea un camino cubierto de yerba espesa. A cada instante nos veíamos obligados á atravesar algún riachuelo á vado, cosa que desesperaba al médico, porque su caballo se paraba en medio de la corriente.

No recuerdo una mañana de aire más fresco, ni cielo más sereno. El sol comenzaba á mostrarse detrás de las verdes cimas, y la mezcla del dulce calor de sus pri-

meros rayos con la frescura de la noche me inspiraba un sentimiento de ternura y de melancolía.

La garganta de la montaña estaba aun sombría, pero las puntas de las rocas que por ambas partes se adelantaban hácia nosotros resplandecían con luz dorada. Los arbustos que crecían entre las peñas encima del camino dejaban caer sobre nosotros con el más leve soplido de viento una lluvia de flores, fina y olorosa. Me acuerdo de que en aquel momento amé más que nunca la naturaleza. Miraba con curiosidad las gotas de rocío, suspendidas en una ancha hoja de parra, reflejando mil rayos diversamente colorados; mi mirada se esforzaba por penetrar en las brumas lejanas. El camino se estrechaba por grados, los peñascos eran cada vez más agudos y amenazadores. Caminábamos en silencio.

— ¿Ha hecho Vd. testamento? me preguntó Verner de repente.

— No.

— ¿Cómo así?

— No sé.

— ¿Y si lo matan á Vd.?

— No creo que por eso dejen de presentarse herederos.

— ¿No tiene Vd. algún amigo á quien enviar el adiós postrero?

— ¿Quiere Vd., señor médico, que le descubra mi pecho?

— Sí, señor.

— Escuche Vd.

— Escuche. Hable Vd.

— He pasado de la edad en que se muere pronunciando el nombre de su hermosa, ó legando un bucle de cabellos á algún amigo. Me digo que puedo morir muy pronto, y no pienso más que en mí mismo. ¡Amigos que me olvidarán mañana, ó que inventarán acerca de mí quien sabe qué quimeras! ¡Mujeres que abrazando á otro hombre, besándolo, se burlarán de mí! ¿Que Dios los bendiga!... De esta vida salgo con algunas ideas, ¡pero sin un sentimiento!... Mucho tiempo hace que vivo solo con la cabeza. Peso, examino y elijo mis pasiones con interés y curiosidad, pero sin entregarme jamás á ellas. En mí hay dos hombres, el uno vive, el otro piensa y juzga. Quizá el primero se despida de Vd. y del mundo para siempre dentro de una hora. El segundo... el segundo... ¿No ve Vd. allí, á la derecha, en una peña, aquellas tres personas? Sin duda son nuestros adversarios.

Encontramos tres caballos atados á unas matas al pié del peñasco; pusimos allí los nuestros, y un estrecho y áspero sendero nos condujo á la pequeña plataforma, en donde nos estaban aguardando Gruchnitski, el capitán de dragones y otro testigo que se llamaba Ivan Iguatich.

— Rato hace que hemos llegado, dijo el capitán con una sonrisa irónica.

Saqué mi reloj y se lo presenté.

El capitán se disculpó diciendo que el suyo avanzaba probablemente.

El médico rompió el silencio, diciendo á Gruchnitski:

— Me parece que habiendo mostrado uno y otro que estaban Vds. dispuestos á batirse, el honor puede considerarse como satisfecho, y podrán Vds. explicarse y terminar este asunto de una manera amistosa.

— No tengo inconveniente; antes al contrario, lo deseo, dije yo.

El capitán hizo á Gruchnitski un signo de excitación; este, creyendo que yo retrocedía, tomó un aire orgulloso que contrastaba singularmente con la palidez que había cubierto hasta entonces su rostro. Por la vez primera clavó los ojos en mí; pero en su mirada se descubría la inquietud que revelaba una lucha interior.

— Ponga Vd. sus condiciones, dijo él, y todo aquello que...

— Exijo que se retracte Vd. hoy mismo públicamente de su calumnia, y que se disculpe ante mí.

— Caballero, me sorprende mucho que se atreva Vd. á...

— No tengo más que decir.

— Nos batiremos.

Me encogí de hombros.

— Como Vd. guste. Pero piense Vd. en que uno de los dos debe morir.

— Espero que sea Vd.

— Yo estoy persuadido de lo contrario.

— Verémos.

— Sí, verémos.

Se turbó, se encendió, y luego soltó una singular carcajada.

El capitán le cogió el brazo y lo retiró: hablaron un poco en voz baja. Yo había llegado con disposiciones bastante pacíficas, pero todo aquello comenzaba á irritarme.

El médico se acercó á mí.

— Escuche Vd., me dijo con inquietud, ¿ha olvidado Vd. su trama? Yo no sé cargar una pistola; ¡es Vd. un hombre singular! Dígame Vd. que conoce su intención, y no se atreverán... ¿Cómo! ¿va Vd. á dejarse matar como un pájaro?...

— Tenga Vd. la bondad, amigo mío, de no incomodarse y de aguardar. Yo arreglaré las cosas de suerte que no tengan ninguna ventaja. Déjelos Vd. hablar cuanto gusten...

— Caballeros, dije en alta voz; esto comienza á fastidiarme; si debemos batirnos, batámonos; ayer han tenido Vds. tiempo de entenderse.

La plataforma en donde debíamos batirnos formaba un triángulo casi regular, encima de un abismo. Mieron seis pasos, partiendo del ángulo saliente, y fué

decidido que el primero que debía recibir el disparo se colocaría en el ángulo mismo, de espaldas al precipicio; si no moría, cambiaría de sitio con su adversario. Así, en el caso muy probable de la muerte de uno de los dos, el cuerpo debía caer y hacerse pedazos en las rocas; podía atribuirse este suceso á los circasianos, ó bien á un simple accidente, lo que libertaba á los testigos de procedimientos judiciales y perjuicios de toda especie.

Dejé todas las ventajas á Gruchnitski; quería ponerlo á prueba: una chispa de grandeza de alma podía despertarse en él; y todo se hubiera arreglado. Pero su debilidad de carácter y su amor propio lo vencieron. Yo adquiría así el derecho de no perdonarlo, si la suerte me era propicia. ¿Quién no ha celebrado semejantes contratos con su conciencia?...

— Tire Vd. la suerte, señor médico, dijo el capitán.

El médico sacó una moneda de plata del bolsillo, y la tiró al aire.

— Aguila, exclamó vivamente Gruchnitski, viéndola subir.

— Rublo, dije yo.

La moneda dió sus vueltas en el aire y cayó. Nos precipitamos hácia ella.

— Vd. es el afortunado, dije á Gruchnitski; Vd. tira el primero. Pero acuérdesese Vd. que si yerra, lo mataré á Vd., le doy á Vd. mi palabra de honor.

Púsose encarnado; le daba vergüenza tirar sobre un hombre desarmado; lo miré fijamente, y creí un momento que iba á echarse á mis piés pidiéndome perdón; pero ¿cómo confesar semejante cobardía?... Un medio le quedaba, el de disparar al aire; yo estaba persuadido de que lo haría... Solo una cosa podía impedirlo... el pensamiento de que yo pediría otro combate.

— Es el último instante, me dijo el médico cogiéndome por la manga; si no dice Vd. ahora que concé Vd. su intención, es Vd. hombre perdido. Mire Vd., el capitán carga... Si Vd. no habla, yo...

— Silencio, señor médico, le dije sujetándolo por el brazo; Vd. me ha dado su palabra de honor de no molestarme en nada. Esto no le importa á Vd. Quizá quiero hacerme matar.

— ¡Enhorabuena! contestó mirándome con sorpresa; pero no se queje Vd. de mí en el otro mundo.

Habiendo cargado el capitán las pistolas, entregó una á Gruchnitski diciéndole algunas palabras al oído; me dió la otra.

Me coloqué en el ángulo indicado, apoyé fuertemente mi pié izquierdo en la roca, y me incliné un poco hácia adelante para no ser precipitado en el abismo, en el caso de no recibir más que una ligera herida.

Gruchnitski se colocó en frente de mí, y con la señal dada comenzó á levantar la pistola. Las piernas le temblaban visiblemente. Me apuntó á la frente. Un furor inexplicable hervía en mi pecho. De improviso bajó el cañón de su pistola, palideció, y volviéndose á su testigo:

— No puedo, dijo con voz sorda.

— ¡Cobarde! respondió el capitán con voz terrible.

Disparó.

La bala me rozó la rodilla; di involuntariamente algunos pasos hácia adelante para apartarme del borde del precipicio.

— Lo siento, Gruchnitski, pero no has acertado, dijo el capitán; ahora te toca á tí cambiar de sitio; abrázame, porque no nos volveremos á ver.

Se abrazaron. El capitán contenía con dificultad la carcajada:

— No temas nada, añadió mirando á Gruchnitski; ¡todo es vanidad!... La naturaleza es una loca, la fortuna es necia, y la vida no vale un ardite.

Después de estas sentencias trágicas, pronunciadas con decoro, el capitán volvió á ocupar su puesto: Ivan Iguatich se acercó y abrazó á mi adversario llorando. Por fin se quedó solo en frente de mí. Hoy mismo no puedo explicarme los sentimientos que agitaban mi alma; mezclábanse el amor propio ofendido, el desprecio, la rabia, porque aquel hombre que me miraba con tanto descaro, con tan tranquilo atrevimiento, quería poco ántes matarme como á un perro, sin correr el menor riesgo; porque si mi rozadura hubiera sido más profunda, hubiera caído inevitablemente al precipicio.

Lo miré de hito en hito durante algunos minutos, procurando descubrir en su rostro algunos signos de arrepentimiento: pero me pareció por el contrario que reprimía la risa.

— Le aconsejo á Vd. que rece sus oraciones ántes de morir, le dije.

— No se ocupe Vd. tanto de mi alma, y tire Vd. pronto, si gusta.

— ¿Y no quiere Vd. retractarse y disculparse? Piénselo Vd. un poco... ¿Su conciencia de Vd. no le dicta nada?

— Caballero Petchorin, gritó el capitán, permita Vd. que le diga que no está Vd. aquí para confesarnos; acabemos; podría pasar por el desfiladero gente que nos viera.

— Muy bien. Señor médico, venga Vd. aquí.

El médico se acercó. ¡Pobre hombre! estaba cien veces más pálido que Gruchnitski poco hácia. Yo le dije alta, clara y lentamente, como debe pronunciarse una sentencia mortal:

— Médico, me parece que esos caballeros, cargando tan de prisa, han olvidado echar una bala en mi pistola; tenga Vd. la bondad de cargarla de nuevo, y como es debido

— Imposible, exclamó el capitán, imposible. Yo he cargado las dos pistolas igualmente; se le habrá salido la bala á la de Vd... Nadie tiene la culpa de eso, y Vd. no tiene derecho de volver á cargarla... ningún derecho... es contra todas las reglas... no lo permitiré de ninguna manera...

— Muy bien... pues que ha de ser así, vamos á batirnos los dos ahora mismo.

Estas últimas palabras lo turbaron y se calló. Gruchnitski tenía la cabeza inclinada sobre el pecho, con aire inquieto y sombrío.

— Déjelo Vd., dijo al capitán que quería arrancar la pistola de la mano del médico; Vd. mismo sabe que tienen razón.

En vano el capitán le hacía señas, él no lo miraba siquiera.

El médico me entregó la pistola, nuevamente cargada.

El capitán dió una patada en el suelo diciendo:

— Eres un loco, te has puesto en mis manos; déjame pues obrar, y haz lo que te digo... En fin, á tí te importa; rebienta como puedes.

Y se volvió murmurando:

— Eso es contra toda regla.

— Gruchnitski, le digo, aun es tiempo; retracta tu calumnia, y todo te lo perdono. No has logrado engañarme, y mi amor propio está satisfecho; ¡piensa en que hemos sido amigos!...

Su rostro se puso como el carmin; sus ojos centelleaban.

— Tirad, me respondió, me desprecio y aborrezco; si no me matais, os asesinaré una noche al volver una esquina. No cabemos los dos en la tierra.

Tiré. Cuando se disipó el humo, Gruchnitski no estaba en la roca. Una ligera columna de polvo se levantaba del abismo. Todos lanzaron un grito.

— La comedia está hecha, dije al médico, que volvió la cabeza horrorizado y sin responderme. Me encogí de hombros, y saludé á los testigos de Gruchnitski. Al bajar por el sendero ví entre las piedras su cadáver ensangrentado. Cerré á pesar mío los ojos. Soltando mi caballo, me puse en camino para regresar. Iba despacio: tenía un peso inmenso en el pecho; el sol me parecía oscuro y frío. En vez de entrar en el pueblo, tomé por la derecha y me fui por los campos errando á la aventura. La vista de un hombre me era insoportable: el sol estaba á punto de ponerse cuando entraba en Kislovodsk: mi caballo estaba rendido de fatiga.

Mi criado me entregó dos cartas que Verner había traído durante el día: la una era de él, la otra de Vera.

La suya contenía estas palabras:

« Todo está bien arreglado. El cuerpo desfigurado ha sido traído; la bala ha sido sacada del pecho: todos creen que ha muerto de un accidente. Solo el comandante, que conoce probablemente vuestra disputa, ha meneado la cabeza, sin decir nada. No hay la prueba mas ligera contra Vd.; duerma Vd. tranquilo... tranquilo, si Vd. puede. Adios. »

Mucho vacilé antes de abrir la segunda carta... ¿Qué era lo que podía escribirme Vera en aquellos momentos?

Un presentimiento siniestro agitaba mi alma profundamente.

He aquí esta carta, grabada en mi corazón con caracteres indelebles:

« Te escribo plenamente convencida de que no nos volveremos á ver jamás. Es verdad que cuando me separé de tí la primera vez, abrigaba mi pecho la misma convicción. Pero el cielo quiso sujetarme á nueva prueba, y esta vez no pude soportarla; mi alma entera se sometió á aquella voz que te era tan conocida. No me desprecies á causa de mi debilidad, te lo ruego encarecidamente. Esta carta es al mismo tiempo un adios y una confesión; ¡quiero decirte todo lo que se ha reconcentrado en mi pecho desde el día en que te conocí, desde el momento en que te amé! No voy á acusarte: tú has obrado conmigo como lo hubiera hecho cualquiera otro hombre; tú me has amado como tu bien; como á un manantial de placeres, de inquietudes, de pesares, que sucediéndose los unos á los otros, arrebatan á la vida su monotonía y su fastidio. Yo ví esto desde el principio, pero tú eras desgraciado y me sometí sin pena, me sacrificé voluntariamente esperando que comprenderías un día todo lo que abandonaba por tí, junto con la grandeza de una ternura que te prodigaba sin condiciones. Mucho tiempo ha trascurrido desde entonces; penetré mas íntimamente en los secretos abismos de tu alma, y me persuadí de que mi esperanza no tenía el mas leve fundamento. ¡Horrible fué para mí este descubrimiento! pero mi amor crecía y llenaba todo mi ser, hasta desterrar de mi alma todos los demás sentimientos!

» Nos separamos para siempre; pero puedes estar seguro de que nunca amaré á otro hombre; ¡tú has agotado todos los tesoros de mi corazón, todos sus dolores, todas sus esperanzas! La que te ha amado no puede ver á los demás hombres sin menospreciarlos; no porque tú seas mejor que ellos, ¡oh! no; sino porque hay en tí cierta cosa particular, exclusivamente tuya, cierta cosa llena de orgullo y de misterio: digas tú lo que quieras, hay en tu voz un poder irresistible. Nadie tiene derecho para ser amado con mayor constancia que tú. ¡En ninguna parte se presenta el mal con tantos hechizos como en tí! Ninguna mirada promete tanta felicidad como la tuya, nadie sabe sacar mas partido de sus cualidades que tú! Y sin embargo eres tan-

to mas desventurado, cuanto mayores son los esfuerzos que haces para buscar la dicha!

» Ahora debo participarte la causa de mi partida, que va á parecerse frívola, porque se refiere á mí sola.

» Esta mañana entró mi marido en mi cuarto, y me refirió tu reyerta con Gruchnitski. Mis facciones debieron alterarse visiblemente porque él me miró largo rato con fijeza; mucho me costó el no perder el conocimiento al saber que debías batirte hoy; y la idea de que yo era causa de tu desafío me quitaba casi el juicio. Ahora que he reflexionado, estoy persuadida de que no morirás; ¡es imposible, absolutamente imposible que mueras sin mí!

» Mi marido se paseó mucho rato por la habitación; no sé lo que me ha dicho, ni lo que he respondido; ¡sin duda le he confesado que yo te amaba! Solamente recuerdo que al fin de nuestra conversacion, me abrumó con un diluvio de injurias groseras, y que se fué mandando enganchar los caballos al carruaje... Tres horas hace que estoy en la ventana, aguardando tu vuelta... Pero tú vives, estoy segura de ello. Tú no podrias morir. Los caballos están preparados... A Dios... á Dios... Soy perdida, ¿pero, qué importa?... si puedo creer que te acordarás de mí... A Dios, vienen; es menester que oculte esta carta.

» Tú no amas á Mery. ¿No es verdad? Escúchame, tú debes hacer ese sacrificio: ¡yo lo he perdido todo por tí!...

Salí de mi cuarto como un insensato, monté en mi caballo, que llevaban á la cuadra, y partí á rienda suelta por el camino de Piatigorsk. Hice correr sin piedad á mi corcel clavándole las espuelas en los hijares; y apesar de su fatiga, cubierto de espuma y jadeando me llevaba como el viento por el pedregoso sendero.

El sol se ocultaba en una nube negra apoyada en las montañas occidentales; el valle estaba ya frío y tenebroso; el Podkumok, abriéndose paso por entre las peñas, gemía sordamente. Yo galopaba sin cesar; el pensamiento de no hallarla en Piatigorsk me desgarraba el corazón. Verla siquiera un minuto, decirle á Dios, estrechar su mano. Yo oraba, maldecía, lloraba de rabia, reía como un loco... ¡Nada puede expresar mi desesperación!... El temor de perderla para siempre había hecho á Vera mas querida que la felicidad, que la vida, que el honor! ¡Dios solo sabe que extrañas ideas cruzaban por mi imaginación!

Observé por fin que mi caballo respiraba con dificultad; me faltaban cinco kilómetros para llegar al puesto mas inmediato de cosacos; si podía resistir diez minutos, todo estaba vencido... Pero de repente, al salir de un barranco cayó en tierra; en vano traté de levantarlo, despues de un quejido casi imperceptible que se escapó por entre sus dientes apretados, expiró algunos instantes despues; yo me quedé á pié en la estepa, perdida mi última esperanza; traté de continuar á pié; mis piernas no podían sostenerme. Sucumbiendo de fatiga despues de tantas emociones y el insomnio de la última noche, me eché en la yerba húmeda, y lloré como un niño.

Mucho tiempo permanecí en aquel estado, sin tratar de contener mis lágrimas y mis sollozos; me parecía que mi pecho iba á estallar; toda mi firmeza había desaparecido como el humo con el menor soplo de viento; mi alma había perdido su fuerza y energía, mi buen sentido no tenía ya imperio sobre mí, y si alguna persona me hubiera visto en aquel estado, hubiera vuelto la cabeza con desden.

Cuando el rocío de la noche y el aire de la montaña refrescaron mi cabeza ardiente, cuando mis pensamientos recobraron su curso habitual, comprendí cuan insensato é inútil era proseguir una felicidad que había dejado de existir. ¿Qué era lo que yo quería? — Verla. — ¿Para qué? ¿No había concluido todo entre los dos? Un triste beso de despedida no enriquecería mucho mis recuerdos, y despues tendríamos doble sentimiento al separarnos. Me consolaba el poder llorar. Tal vez el llanto fué alguna alteracion de mis nervios, efecto quizá de las vigiliias de la noche, de haber estado dos minutos delante de la boca de una pistola, apuntada á mi pecho, ó de no haber tomado alimento en tantas horas.

Todo va magníficamente: está nueva pena me distrajo de las otras. Conviene llorar, y es probable que si no hubiera corrido á caballo, que si no me hubiera visto obligado á correr quince kilómetros á pié para volver, no hubiera el sueño cerrado mis párpados esta noche.

Hasta las cinco de la mañana no estuve de vuelta en Kislovodsk. Me acosté y me dormí profundamente. Cuando me desperté era de noche; me senté cerca de la ventana, entreabrí mi casaca, y el viento refrescó mi pecho, que no había podido tranquilizar el sueño pesado de la fatiga.

El médico entró. Su aspecto era meditativo. Contra lo que solía hacer siempre, esta vez no me tendió la mano.

— ¿De dónde viene Vd., médico?

— De casa de la princesa Sigovski: su hija tiene irritados los nervios... ¡Pero no se trata de eso! El comandante adivina, y aunque no dicen nada de una manera positiva, le aconsejo á Vd. que sea prudente. La princesa me ha dicho hoy que sabe que se ha batido Vd. por su hija. Todo se lo ha referido el anciano que ha presenciado la disputa que ha tenido Vd. con Gruchnitski. Yo he venido á prevenirselo á Vd. — A Dios: tal vez no nos volvamos á ver jamás; lo enviarán á Vd. á alguna fortaleza.

Detúvose en el umbral de la puerta; yo conocí perfectamente que deseaba apretarme la mano, y que si yo hubiera mostrado el menor deseo, se hubiera arrojado

á mi cuello; pero permanecí inalterable, y se fué.

Así son los hombres: ellos ven muy bien todos los inconvenientes de una accion; sin embargo, lo ayudan á uno, lo aconsejan, aprueban lo que hace, y luego se lavan las manos y se apartan de aquel que ha tenido el atrevimiento de cargar con toda la responsabilidad. Todos, todos se parecen, aun los mejores y los mas sabios.

Al día siguiente por la mañana recibí del comandante el orden de dirigirme al fuerte de N... Fui á despedirme de la princesa, que se sorprendió cuando á esta pregunta: « ¿No tiene Vd. alguna cosa importante ó particular que decirme? » Respondí que le deseaba toda clase de felicidades.

« Pero yo tengo que hablar á Vd. de cosas muy serias. »

Me senté guardando el mas profundo silencio.

Era evidente que no sabia ella por donde comenzar: su rostro se encendió como el carmin; golpeaba la mesa con sus dedos; al fin me dijo con voz poco segura:

— Escuche Vd., Petchorin, creo que tiene Vd. un noble corazón.

Me incliné.

Aun estoy persuadida de ello, continuó, por mas que su conducta de Vd. haya dado lugar á dudas; ciertamente ha podido Vd. tener motivos que yo no conozco, y que le ruego á Vd. ahora que me comunique. Ha defendido Vd. á mi hija, se ha batido Vd. por ella, ha expuesto Vd. su vida... No diga Vd. nada, sé que no lo confesará Vd. porque Gruchnitski ha muerto. La princesa se santiguó. ¡Dios lo perdone, y á Vd. tambien!... No me atrevo á condenar á Vd., porque mi hija, aunque inocente, ha sido causa de la disputa. Mery me lo ha contado todo: ella se ha explicado con Vd., y le ha declarado su amor. La princesa suspiró aquí profundamente. Mi hija está enferma, caballero, y estoy segura de que Vd. es en parte la causa. Escuche Vd., creará quizá que yo busco un rango elevado, inmensas riquezas; nada de eso, desengáñese Vd., yo no busco mas que la felicidad de mi hija. Vuestra actual situacion no es brillante, pero puede cambiar. Es Vd. rico, mi hija lo ama á Vd. y está educada de una manera que puede hacer feliz á un marido. Yo tambien soy rica, y no tengo mas que á ella... Hable Vd., ¿qué lo detiene á Vd?... Acaso no debía haber dicho á Vd. todo eso, pero me fio en su delicadeza de Vd., en su honor; recuerde Vd. que no tengo mas que una hija, una sola... Prorrumpió en llanto.

— Princesa, le dije, me es imposible responder á Vd. Permítame Vd. que hable un instante con la señorita Mery.

— ¡Jamás! ¡jamás! exclamó levantándose muy agitada.

— Como Vd. guste, contesté disponiéndome á partir. Reflexionó un momento, me hizo un signo para que esperara, y salió. Pasaron cinco minutos: mi corazón latía con fuerza; pero mis pensamientos eran tranquilos, mi cabeza estaba fresca, y en vano buscaba en todo mi ser algunas centellas de amor para la encantadora princesita.

La puerta se abrió. Mery entró. ¡Dios mio! ¡cómo se puede cambiar en poco tiempo! Cuando llegó al centro del cuarto la ví vacilar; me dirigi hacia ella, le cogí la mano y la conduje hasta un sillón. Permanecí en pié junto á ella; ambos nos quedamos silenciosos. Sus rasgados ojos, con la expresion de un intenso dolor, parecían que buscaban en los míos algunos motivos de esperanza; sus pálidos labios se esforzaban inútilmente en sonreír, y sus preciosas manos, cruzadas sobre sus rodillas, estaban tan delgadas y transparentes, que me dió lástima.

— Princesa, ve Vd. que me he burlado de Vd. y merezco su desprecio.

Un color encendido brilló en sus mejillas.

Yo continué:

— De modo que Vd. no puede amarme.

Volvió la cabeza, apoyó el brazo en el sillón, puso la mano en los ojos, preñados de lágrimas. Aquella situacion era insoportable... Poco le faltaba para arrojarme á sus piés... Volví á tomar la palabra con el tono mas firme que pude afectar y con una sonrisa falsa:

— Vd. misma ve, pues, que es imposible que me case con Vd.; y si lo deseara Vd. hoy, se arrepentiría Vd. muy pronto. La conversacion que acabo de tener con su mamá de Vd. me ha precisado á explicarme de la manera mas franca... la mas tosca con Vd. Estoy persuadido de que madama Sigovski se equivoca, y á Vd. le será fácil desengañarla. Hago con Vd., el papel mas necio y feo de todos, convengo en ello... Esto es todo lo que pienso hacer. Cualquiera que sea la opinion que forme Vd. ó tenga de mí, la acepto, me someto á ella... me humillo ante Vd... ¿No es verdad que aunque Vd. me hubiese amado, se vería Vd. obligada á despreciarme desde ahora?

Volviéndose hacia mí, pálida como el mármol, y con los ojos echando fuego, me dijo:

— Lo aborrezco á Vd.

La dí las gracias, y habiéndola saludado respetuosamente, salí. Una hora despues, me llevaban tres caballos de posta lejos de Kislovodsk. A algunos kilómetros de Ecentukof, reconocí el cadáver de mi pobre caballo; la silla había sido quitada indudablemente por un cosaco, y dos cuervos habían ocupado su sitio. Suspiré, y volví la vista...

Muchas veces me pregunté, aquí, en esta fastidiosa fortaleza, al recorrer en mi memoria todas las cosas pasadas, ¡porqué no he querido seguir la senda que el des-

Trajes del imperio ruso.



Jóvenes aldeanos finlandeses de Krasnoe-Selo (alrededores de San Petersburgo) en traje de fiesta.



Aldeanos rusos de Pargola (alrededores de San Petersburgo). — La jóven lleva un tocado de fiesta.



Aldeanos de Rannapungern (provincia de Esthonia). La jóven lleva un vestido de fiesta.



Judío de Bulder-Muische (provincia de Livonia), rezando. En la cajita que lleva sobre la cabeza van encerrados los diez mandamientos de Dios.



Gitano-chalan de Talsen (provincia de Curlandia).



Gitano de Candau (provincia de Curlandia). tocando el salterio

Trajes del imperio ruso.



Correo y cochero de la mala-posta imperial de San Petersburgo.



Jóven aldeana de Waiwara (provincia de Esthonia).



Lecheras rusas de Okta (arrabal de San Petersburgo).



Hijos de aldeanos rusos de Nowaja-Derewna (alrededores de San Petersburgo). Tocador de Balalaika.



Pascha Isacoff, jóven aldeana de Pargola (alrededores de San Petersburgo), hilando.



Gitana de Talsen (provincia de Curlandia).



Aldeanos fineses (lechera) de Tocsova (alrededores de San Petersburgo).



Isvozchick de San Petersburgo (cocheros de alquiler).



Nodriza y niño cosaco en San Petersburgo.

tino me trazaba, y en la cual debian aguardarme de leites apacibles, y mucha tranquilidad de ánimo!...

No hubiera podido soportar semejante suerte. Yo soy como un marinero que ha nacido a bordo de un buque corsario, y cuya alma se ha formado en medio de las tempestades y de los combates; arrojado a la playa, se aburre y languidece; y sin prestar atención al bosque frondoso y al sol que alumbra, pasa su vida sobre la arena, escuchando el murmullo monotonico de las olas, dirigiendo la vista a las nieblas lejanas del horizonte. En aquella línea blanquecina que separa el abismo de los mares de las azules nubes, ¿no verá aparecer la vela que desea, primero, semeiante a el ala de la paviota, destacándose luego poco a poco de la espuma de las ondas, y acercándose a la costa solitaria con rápida é igual carrera?

FIN DE LA PRINCESA MERY.

V.

El Fatalista.

Quince dias he pasado en un puesto de cosacos, en el flanco izquierdo de nuestro ejército. Los oficiales del batallon de infanteria, a que yo pertenecia, se reunian alternativamente en casa de uno ó de otro para jugar.

Una noche, en casa del mayor M..., despues de haber tirado las cartas sobre la mesa, prolongamos hasta hora muy avanzada la conversacion, que contra la costumbre era muy interesante. Discutiase acerca de la creencia que tienen los musulmanes de que el destino del hombre está determinado de antemano, y se pretendia que aquella doctrina no dejaba de tener muchos partidarios entre los cristianos. Cada uno de los concurrentes referia alguna aventura para corroborar ó combatir aquella opinion.

— Todo lo que están Vds. diciendo, dijo el anciano mayor, no prueba absolutamente nada, porque ninguno de Vds. ha sido testigo ocular de los sucesos que cuenta.

— Cierto, dijeron muchas voces, pero lo sabemos por buen conducto.

— Quimeras, dijo alguno; ¿dónde están esas personas perfectamente seguras? ¿Quién ha visto los registros en que se halla escrita nuestra muerte? Si hay una predestinacion, ¿porqué y para qué tenemos la voluntad y la razon? ¿Porqué deberemos dar cuenta de nuestras acciones?

En aquel momento, un oficial que habia estado hasta aquel momento sentado en un rincon se levantó, y acercándose lentamente a la mesa, nos examinó a todos con una mirada pacífica. Era un servio, segun lo indicaba su nombre.

El exterior del teniente Vulitch retrataba su carácter. Alto, tez morena, cabellos oscuros, ojos negros y penetrantes, nariz regular y grande como todos los de su país, una sonrisa triste y fria, asomada incasamente a sus labios, y todo era conforme para darle el aspecto de un sér particular, que no podia participar de la opinion y las pasiones de sus camaradas. Era valiente, hablaba poco y de una manera incisiva, no confiaba a nadie ningun secreto, casi no bebia vino, y no era aficionado a las jóvenes cosacas, cuyos hechizos no pueden figurarse los que no las han visto. Se aseguraba que la mujer del coronel no era indiferente a sus ojos expresivos; pero él se incomodaba y encendia cuando hablaban de tal cosa.

Una sola inclinacion se le conocia, que no ocultaba de ningun modo, ni disimulaba, la del juego. Cuando se hallaba delante del tapete verde, lo olvidaba todo. Perdía casi siempre, pero su desgracia no hacia mas que estimular su aficion.

Todo el mundo calló cuando se acercó a la mesa: se esperaba alguna salida original. Habló de una manera muy tranquila, y aun mas bajo que de costumbre.

— Caballeros, dijo, ¿a qué vienen esas disputas? quieren Vds. pruebas ciertas? Les propongo a Vds. experimentar en mí mismo si un hombre puede disponer libremente de su vida, ó si el día fatal está señalado de antemano. ¿Quiéren Vds.?

— Cierto, respondieron de todos lados. ¡Qué original! ¡exponer su vida!...

— Yo propongo una apuesta, dije yo chanceándome.

— ¿Cómo pues?

— Yo niego la predestinacion, repuse, echando en la mesa una veintena de ducados, todo lo que tenia encima.

— Acepto la apuesta, dijo Vulitch con voz sorda. Mayor, Vd. será nuestro juez; aquí están mis quince ducados, Vd. me debe cinco, y tendrá Vd. la bondad de agregarlos.

— Muy bien, dijo el mayor; aunque me veo obligado a confesar que no entiendo el negocio ni como se ha de juzgar.

Vulitch se dirigió sin hablar palabra al dormitorio del mayor; nosotros lo seguimos. Cogió entre las armas colgadas en la pared una pistola. Aun no comprendimos nada, pero cuando vimos cebar el arma, lo detuvimos diciéndole:

— ¿Qué es lo que va Vd. a hacer? esa es una locura.

— Caballeros, dijo separando la mano, ¿quien quiere pagar por mí los veinte ducados?

Nadie respondió.

— Pasó al otro cuarto y se sentó junto a la mesa; fuimos detrás de él, y nos hizo una señal para que nos senta-

ramos. Obedecimos sin ninguna dificultad, y desde aquel instante ya poseia y ejercia sobre nosotros un poder misterioso. Yo lo contemplaba fijamente: sostenia con tranquilidad mi mirada escudriñadora, y sus pálidos labios se esforzaban en mostrar una sonrisa. Apesar de su sangre fria, creia descubrir el sello de la muerte en su lívida faz. Yo he observado, y lo que me han dicho muchos oficiales encanecidos en el servicio ha confirmado mi observacion, que hay muchas veces en la fisonomía de un hombre que va a morir dentro de algunas horas ciertas señales de la suerte que le aguarda, señales que ojos experimentados, acostumbrados a observar desconocen raras veces.

— Vd. morirá hoy, le dije.

Se volvió bruscamente hacia mí y me respondió tranquilamente:

— Puede ser que sí, y puede ser que no.

— En seguida, volviéndose hacia el mayor, le preguntó si la pistola estaba cargada. Este no lo recordaba.

— Basta, basta, Vulitch, dijo alguno, indudablemente estará cargada, puesto que estaba colgada encima de la cama del mayor.

— ¿Qué cosa te provoca a semejante locura?

— Apuesto cincuenta rublos contra cinco a que la pistola no está cargada, gritó otro.

Nueva apuesta hecha.

Ya me iban aburriendo aquellos largos preliminares.

— Vamos, dije, tiren Vds. ó vuelva la pistola a su sitio, y vámonos todos sin dilacion a dormir.

— Vámonos a la cama, exclamaron a la vez muchos asistentes.

— Caballeros, ruego a Vds. que permanezcan en sus puestos, dijo Vulitch poniéndose la pistola en la frente.

Todos estábamos petrificados...

— Caballero Petchorin, coja Vd. una carta y échela Vd. al aire.

Cogí el as de copas.

Todas las miradas, llenas de curiosidad y de temor, iban de la pistola a la carta fatal que bajaba lentamente dando vueltas. En el momento en que llegó a la mesa, Vulitch disparó. La pistola faltó.

— ¡Gracias a Dios, no estaba cargada! exclamaron muchas voces.

— Vamos a ver si eso es cierto, contestó Vulitch.

La preparó de nuevo, apuntó a una gorra colgada encima de una ventana y tiró. El humo llenó la habitacion, y cuando se disipó vimos que la gorra estaba agujereada y que la bala se habia quedado embutida en la pared.

¡Nos quedamos mudos! Vulitch puso tranquilamente mis ducados en su bolsa. No podia haber hecho trampa; yo no habia levantado los ojos de la pistola.

— Vd. es feliz en el juego, le digo.

— Por la primera vez de mi vida, respondió sonriendo con aire satisfecho. Esto vale mas que la banca.

— Pero es tambien mucho mas peligroso.

— ¡Y bien! ¿crees Vd. ahora en la predestinacion?

— Sí, pero no sé porqué he creido que debia Vd. morir hoy.

Aquel hombre que acababa de disparar una pistola con tan asombrosa serenidad, se turbó.

— Basta, dijo levantándose, Vd. ha perdido la apuesta, Vd. no tiene derecho para hacerme observaciones que me parecen intempestivas.

Cogió su sombrero y se fué. Aquella conducta me pareció singular.

Cada uno, conforme iba levantándose para irse, dijo algo acerca del egoismo que me habia impulsado a apostar contra un hombre que comprometia su vida de aquel modo.

Me volví a mi casa sin que me inquietaran aquellas palabras.

Comenzaba a asomar la luna llena y encendida por el horizonte que teñia con los reflejos de un incendio; las estrellas brillaban apaciblemente en la bóveda azul del firmamento. ¡Cómo, me decia yo, los sabios han podido imaginar que los astros toman parte en nuestras vanas disputas, y se ocupan en intervenir y decidir en nuestras diferencias!... En ese caso, ¿para qué sirven esas antorchas que suponen encendidas para alumbrar sus combates y sus triunfos, que brillan tambien como un fuego abandonado por algún viajero a la entrada de un bosque, cuando sus esperanzas y sus pasiones están apagadas?... Pero por otra parte, ¿qué fuerza de voluntad no les daba la creencia de que todos los cielos con sus numerosos habitantes tomaban parte en sus trabajos! Y nosotros, pobres descendientes de esos hombres, errantes por la tierra, sin conviccion y sin orgullo, sin placer y sin terror, excepto el terror que nos inspira a todos el pensamiento de la muerte fatal, nosotros no somos capaces de hacer grandes esfuerzos ni por la humanidad, ni por la nuestra propia felicidad, porque conocemos mejor que nuestros padres los inconvenientes y las imposibilidades de las cosas; nosotros pasamos a sangre fria de una duda a otra duda, como ellos eran impelidos de un error a otro error, sin tener como ellos aquella esperanza y aquel deleite profundo que encuentra el alma en una lucha perenne contra los hombres y contra el destino.

Otras muchas ideas cruzaban por mi mente, que no retenia, no queriendo pararme en reflexiones abstractas; porque en efecto, ¿a qué conduce eso?... En mi juventud, yo tambien era visionario, yo me complacia en acariciar las sombrías ó alegres formas que se dibujaban en mi inquieta y ávida imaginacion. ¿Qué me ha quedado de todo eso?... Fatiga como de un combate nocturno con un espectro, y un recuerdo lleno de amargura. En esas luchas inútiles he agotado dos cosas

absolutamente necesarias para una vida bien arreglada, el calor del alma y la constancia de la voluntad.

Cuando entré en la vida, me hallaba en la posicion de un hombre que lee una mala imitacion de un libro que conoce mucho tiempo ha; me pareció tonta y fastidiosa como si la hubiera recorrido ya de un cabo al otro. Hoy no sé si creo ó no creo en la predestinacion, pero aquella noche evidente y positivamente creia en ella. Me burlo de nuestros antepasados y de su astrología, y confieso que habia caido completamente en sus errores y en todas sus supersticiones. Sin embargo, me detuve a tiempo en ese peligroso camino, y abandonando la metafísica, miré a mis piés, muy a propósito por cierto, porque estuve a pique de caer tropezando en alguna cosa grande y blanda que me parecia que no tenia vida. Me incliné hacia el suelo, y favorecido por la luz de la luna, vi que era un enorme cerdo dividido en dos partes de un sablazo. Muy pronto percibí ruido de pasos; dos cosacos desembocaron corriendo de una callejuela, y me preguntaron si habia visto a un camarada suyo que iba borracho persiguiendo un cerdo. Yo les contesté que no habia encontrado al cosaco, y al mismo tiempo les mostré la desgraciada victima de su valor.

— ¡Ah! el bribon, dijeron ellos; cuando ha bebido vino nuevo, da de sablazos a todo lo que se le pone delante. Es preciso que nosotros demos con él, Erenich, porque sino...

Se alejaron; continué mi camino, y llegué sin novedad a casa.

Yo estaba alojado en la de un antiguo sargento, a quien amaba por su buen carácter, y sobre todo por su hija, la hermosa Natalia. Ella me aguardaba comunmente a la puerta, envuelta en su pelliza; aquella noche se hallaba en el punto de reunion habitual; la luna alumbraba sus labios encantadores amoratados por el frio de la noche. Al reconocermé me sonrió, manifestó al parecer que tenia algo que decirme, pero yo pensaba apenas en ella en aquel momento, y me contenté con decirle al pasar: Adios, Natalia.

Cerré la puerta de mi cuarto, encendí mi luz y me acosté; pero el sueño se hizo aguardar mas tiempo que de ordinario. El Oriente comenzaba a palidecer cuando me dormí, y estaba sin duda escrito en el cielo que no dormiria mucho rato, porque hacia las cuatro de la mañana me despertaron los golpes que daban a mi ventana; salté de la cama preguntando la causa de aquel ruido: « Levántate, levántate pronto, » me respondieron algunas voces. Me vestí de prisa y salí.

— ¿Sabes lo que acaba de suceder? me dijeron los tres oficiales que habian venido a buscarme y que me parecieron blancos como cadáveres.

— ¿El qué pues?

— Vulitch ha sido muerto.

Me quedé petrificado.

— Sí, ha muerto, repitieron; vamos pronto, ven pues.

— ¿Pero adónde?

— En el camino te lo diremos.

Partimos.

Ellos me refirieron todo lo acontecido, mezclando en la narracion diversas observaciones acerca de la extraña predestinacion que lo habia salvado de una muerte casi cierta, dejándolo sucumbir imprevistamente. Parece que al atravesar una calle oscura habia tropezado con el cosaco ebrio que habia partido en dos al cerdo.

Vulitch, en vez de dejarlo seguir su camino, le gritó:

— ¿A quién buscas tú, camarada?

— ¡Ah! eres tú, respondió el cosaco, y descargándole un sablazo, lo hendió desde el hombro hasta el corazon. Los dos cosacos que me preguntaron por su compañero, levantaron al herido, que exhalaba sus últimos suspiros, y que no pronunció mas que estas palabras: « Él tenia razon. »

Yo solo comprendí su significacion: yo le habia predicho su fin; mi instinto no me habia engañado, y yo habia leído en sus lívidas facciones los signos de una muerte próxima.

El asesino se habia encerrado en una cabaña abandonada, al extremo del pueblo; nosotros fuimos allí.

Muchas mujeres llorando corrian en la misma direccion; algunos cosacos salian de las casas arreglando sus puñales, y se adelantaron a nosotros. Por todas partes reinaba el terror y el espanto.

Llegamos a una muchedumbre compacta cercaba la cabaña, cuya puerta y ventanas estaban cerradas por dentro. Los oficiales y los cosacos hablaban con calor: las mujeres gemían ó invocaban a todos los santos.

Una de ellas me llamó la atencion; todos los rasgos de su cara revelaban la desesperacion; estaba sentada en un haz de leña, con los brazos apoyados en las rodillas y la cabeza entre sus manos; era la madre del matador. Sus labios se removian de tiempo en tiempo. ¿Rezaban ó maldecian? Era menester; sin embargo, decidirse a prender al homicida, pero nadie se atrevia a entrar.

Me acerqué a la ventana y lo examiné por una grieta que tenia un postigo: estaba descolorido, echado en el suelo, con la mano derecha sujeta a una pistola; a su lado estaba el sable ensangrentado; algunas veces se estremecía y se cogia la cabeza con las dos manos, como si recordase confusamente lo que acababa de suceder. No descubrí mucha resolucion en su inquieta mirada, y dije al mayor que debian derribar la puerta y pronto, antes que recobrase sus sentidos.

Al mismo tiempo un sargento de cosacos se acercó a la puerta, y llamándolo por su nombre le dijo:

— Hermano Efimith, tú has pecado; no hay mas remedio que rendirse.

— No me rendiré, contestó el cosaco.

— Debes temer á Dios; tú no eres un circasiano sin esperanza, sino un cristiano honrado. Puesto que el pecado te ha seducido, no hay remedio de evitar tu suerte.

— No me rendiré, gritó el cosaco con voz amenazadora, y se oyó el ruido de una pistola que se prepara.

— ¡Eh! la vieja, dijo el sargento, habla á tu hijo; quizá te escuche á tí... ¿De qué sirve irritar á Dios? Advierte que hace dos horas que estos caballeros están esperando.

La vieja lo miró fijamente, y meneó despues la cabeza.

— Vasili Petrovitch, dijo el sargento acercándose al mayor, no se rendirá, lo conozco bien. Si rompemos la puerta y la derribamos, herirá y maltratará á los que nos presentemos delante de él; ¿no sería mejor fusilarlo por esa espaciosa hendidura del postigo de la ventana?

En aquel instante me ocurrió una idea singular; quise imitar á Vulitch y tentar al destino como él.

— Aguarde Vd., le dije al mayor, yo lo cogeré vivo.

Habiendo mandado al sargento que entablara una conversacion con él, coloqué tres cosacos cerca de la puerta, dispuestos á socorrerme á una señal mia; di la vuelta al rededor de la cabaña y me aproximé á la ventana: mi corazon latía con violencia.

Cuando lo ví muy incomodado con el sargento que fingia querer echar abajo la puerta, arranqué el postigo y entré precipitadamente en la cabaña. Un pistoletazo á quemar ropa me se llevó la charretera del hombro derecho. Pero habiendo el humo oscurecido el cuarto, mi adversario no pudo hallar su sable, colocado cerca de él. Le cogí las manos, se las sujeté, los cosacos penetraron, y muy pronto el asesino fué atado y conducido con buena escolta.

¿Cómo se pretenderá ahora que no sea yo fatalista? Además, ¿quién sabe de una manera positiva lo que es y lo que no es? ¿No tomamos muchas veces nuestras pasiones ó los desatinos de nuestra imaginacion por convicciones?... Y me complazco en dudar de todo; esto no se opone á la firmeza de carácter, muy al contrario: yo voy siempre atrevidamente delante de mí mismo, cuando ignoro lo que me está reservado. Seguramente no puede sucederme cosa peor que morir, y la muerte es inevitable.

De vuelta al fuerte, he contado á Máximo Maximitch todo lo que me ha sucedido, y todo lo que he visto, deseando conocer su modo de pensar acerca de la predestinacion. Al principio no comprendió muy bien la palabra, y despues que yo se la hube explicado del mejor modo posible, me dijo con aire serio y sacudiendo la cabeza:

— ¡Cierto, es cosa muy singular!... Por otra parte esas pistolas de Asia faltan á menudo, si no se apoya suficientemente el dedo en el disparador. Tampoco me gustan las carabinas circasianas; no sirven para nuestros hombres; la culata es tan pequeña, que se expone uno siempre á quemarse con ellas las narices. Pero por lo que respecta á los sables, estos merecen toda mi consideracion y respeto.

Despues de haberse parado un momento á reflexionar, añadió:

— Lo siento por el pobre hombre... Pero tambien, ¿quién diantres le obligaba á hablar por la noche á un hombre embriagado?... Parece que era su destino...

No pude recabar mas explicacion de él. Es verdad que no es amigo de las discusiones metafísicas

FIN.

Los Pensamientos.

Esas que besan los vientos
Agrupadas florecillas,
Que en sus dulces movimientos
Nos parecen tan sencillas,
Son hermosos pensamientos.

El aura los enamora;
Prendada de su belleza
Dulcísimas perlas llora;
Y ellos alzan la cabeza
Para mirar á la aurora.

Hácenles todas las flores
Cariñosas confianzas
Para calmar sus dolores,
Para fingir esperanzas,
Para alimentar amores.

Con sus ayes de contento,
Canta la dulce paloma
En el bosque mácilento,
Que es el mas precioso aroma
El de un tierno pensamiento.

A ellos deben su armonía,
Sus alas de amor suaves,
Su inocente lozanía,

Y su dulce melodía,
Fuentes, áuras, flores y aves.

Consuelan á los que lloran,
Nacen cándidos contentos,
Paz y amor donde ellos moran.
¡Cuánta riqueza atesoran
Los hermosos pensamientos!

J. SELGAS Y CARRASCO.

Ali y Ahmed.

¡Alarma! ¡alarma!

I.

Tranquila ha atravesado el Occarenesis y el Dhara esta gran caravana; porque todos los pueblos se inclinan con respeto delante de la familia del emir, delante de las familias de sus principales oficiales: por todas partes encontraron guías fieles; por todas partes velaron por su seguridad.

Atravesó los arenales y las áridas gargantas, porque esta inmensa emigracion es la de Abd-el Kader.

La marcha por aquellas comarcas abrasadas ha fatigado á los rápidos dromedarios; los caballos rendidos han perdido todo su vigor; y las mujeres, los niños, largo tiempo balanceándose en los estrechos palanquines, deseaban tambien un poco de frescura y descanso, cuando llegaron á un valle rodeado de verdes montañas y regado por un arroyo, el Taquin.

La comitiva va á detenerse á su nacimiento; va á plantar por un dia sus tiendas de campaña, porque el Taquin está situado en el desierto. Jamás los franceses se han atrevido á internarse tanto, porque el emir observa la division de Mascara que manda el general Lamoriciere y sus lugartenientes con los kaibyles que se han sublevado ocupando los Occarenesis y el Dhara.

Ya se han echado los dóciles camellos: las mujeres recorren las praderas regadas por el arroyo; los diligentes esclavos han tendido las tiendas y preparado el café, á que tan afectos son los árabes; luego dispondrán la comida. Los niños, tambien muy contentos de haber hecho alto, se dispersan por el valle y llevan á pacer el ganado.

• Sigamos á dos de ellos. Las palmeras que dan sombra al vecino collado, han llamado su atencion, y los dos van á tomar parte en este botín; los dos, porque son primos; sus padres son secretarios de uno de los primeros lugartenientes de Abd-el Kader, Ben-allali.

En un momento llegaron al pié de las palmeras. Pero escuchemos: un ruido sordo y lejano ha turbado el silencio del desierto: sin embargo, en el campo todo permanece en la mayor calma. El ruido continúa; los niños no pueden engañarse; es una porcion de gente á caballo la que se acerca. Sin duda es el emir que viene á pasar algunos dias con su familia; tal vez viene con él su padre.

Ahmed se sube en una palmera y mira.

— ¿Qué ves?

Alá protéjale á nuestras madres.

Y Ahmed aterrado se deja caer al pié de la palmera, y levantándose en seguida echa á correr hácia el centro del valle dando este terrible grito de alarma; ¡el roumi! ¡el roumi! (¡los cristianos, los cristianos!)

Pero ántes que sus gritos reuniesen á los árabes dispersos, ya los franceses llegaban al campamento.

Abd-el Kader y sus lugartenientes guardaban todos los pasos, excepto el que conducía á Medeah, y por esto vino la guarnicion de esta villa, que habia andado 60 leguas en tres dias.

A la vista de los cristianos el desórden fué terrible. Niños, mujeres y ancianos huían por todas partes; algunos caballeros corrieron á tomar sus armas, y quisieron resistirse; pero sus aislados esfuerzos fueron infructuosos, y tambien se dispersaron. A esta confusion se agrega la de las bestias, que asustadas por el ruido de las armas de fuego, arrollaban cuanto encontraban por delante.

En vano se dispusieron las mujeres á subir en los camellos; en vano se apresuraron los esclavos á poner los palanquines; por esta vez era imposible salvarse: sus defensores estaban ya dispersos. En vano se esfuerzan los jefes en dar órdenes que no pueden ser oídas con la confusion: toda la llanura está llena de fugitivos, de camellos que precipitan su carrera, de caballos detenidos por sus amos que desean disparar el último tiro contra los franceses, mientras que los mas listos disparaban ya detrás de las colinas que cercan el valle.

Sin embargo, Ali y Ahmed han logrado reunirse á sus madres, y los dos niños se han quedado inmóviles á su lado, resueltos á no huir sin ellas. Apénas tenían once años; pero bajo el cielo abrasador de Africa el hombre se desarrolla muy pronto, y los niños tienen tanto valor como el hombre mas intrépido.

Con la pistola al pecho esperaron al enemigo.

Un cazador francés quiso acometer á las que defendían; pero bien pronto, gracias á hacer encabritar su caballo, recibe el pobre animal las dos balas que estaban destinadas á su dueño, que fué rodando por el polvo. Pero al mismo tiempo llegó al galope un peloton de cazadores: ¿cómo podrian dos niños resistir á veinte hombres aguerridos?

Ahmed y Ali siguieron á sus desconsoladas madres, que temblando se echaron á los piés del jefe de los ven-

cedores, que las perdonó, y dió orden de respetar á los vencidos.

Diez dias despues la columna francesa volvió á entrar en Medeah con un botín inmenso, gran número de ganados, y 4 á 5,000 prisioneros, en cuyo número era fácil reparar dos mujeres y dos jóvenes que no se separaban, y parecian confundir su tristeza.

II.

LA ISLA DE SANTA MARGARITA.

La isla de Santa Margarita es la mayor de las que forman el grupo de Lerin, á una legua de Cannes, en el departamento de Var. Lo único que la hace notable es un castillo edificado hace cerca de dos siglos, que la defiende del lado del mar, y muy á propósito para prision, lo ha sido de muchos personajes célebres, entre otros del famoso marqués de Jer, de quien adquirireis mas tarde noticias, cuando estudiéis historia. Hace algunos años que esta isla y este castillo son el asilo de los prisioneros árabes.

Algunas semanas despues de la prision de la caravana, Ali y Ahmed fueron trasportados á Santa Margarita con sus madres; un profundo disgusto se apoderó de ellos al ver que la desgracia les hacia viudas y huérfanos sin haber perdido á sus padres y sus maridos.

En Medeah, en Alger, aun tenían una esperanza; quizá podrian escaparse; quizá serian cangeados por prisioneros franceses; además, aun estaban en Africa, disfrutaban de un sol abrasador, de las abrasadas palmeras que balancean sus largos tallos que sirven de quitasoles. Desde su prision podian ver todo esto muchas veces con llegar hasta ellos el viento devastador del desierto que otras veces les habia aterrado y que entonces sin embargo echaban de ménos. Aun podian oír algunos de aquellos aires monotonos que les eran comunes en sus cánticos, y obedecer como fieles musulmanes á los cinco toques que llaman á orar. Pero en Santa Margarita, el cielo de Provenza, que nosotros, nacidos en el Norte, encontramos tan bello, les parecia ya sombrío; y despues aquel castillo fuerte que no tenía nada de construccion morisca, y aquel aislamiento en medio de los mares, les hacia echar doblemente de ménos sus tiendas y el inmenso océano de arena en que ellos vivian contentos.

Sin embargo, bien pronto la fisonomía de los dos primos perdió su tristeza; bien pronto recobró la alegría de su edad.

¿Se habian acostumbrado los jóvenes árabes á la esclavitud? ¿habian olvidado á su patria? ¡Oh! no: el amor de la patria vivia mas ardiente que nunca en su corazon; pero lo que les hacia sufrir con mas paciencia su cautividad, lo que les hacia olvidar sus males presentes, era la esperanza. Todo el mundo sabe que la esperanza nos hace saborear los bienes que promete: sobre todo, la de los dos jóvenes descansaba además sobre un proyecto meditado hacia mucho tiempo, y que empezaban á poner en ejecucion.

Desde luego se aplicaron á aprender el francés suficiente para poder entablar relaciones con los carceleros y soldados del castillo, y su talento les fué tan útil, que no tardaron en poder servir de intérpretes á sus compañeros de cautividad, que en su estóica resignacion rehusaban aprender el lenguaje de los vencedores.

Desde este dia Ahmed y Ali hicieron algunos servicios al gobernador facilitándole su comunicacion con los prisioneros; y en recompensa obtuvieron permiso para recorrer la isla en libertad.

¡Eran tan jóvenes! ¿qué habia que temer de dos niños? Esta era la primer ventaja. Ali y Ahmed se dieron prisa á aprovecharse de ella.

Todos los dias recorrían juntos la isla examinándola; tendían la vista por el mar y aun mas allá del mar; pero todos los dias se dirigían sobre todo á un sitio situado á corta distancia de la ribera y en que crecían espesos arbustos en medio de las rocas. Y esto no era un necio pasatiempo que les preocupaba; era la esperanza de burlar á las guardias y librar á sus madres. Habian encontrado un cuchillo en el patio de su prision, y le habian guardado con mucho cuidado. Era el único instrumento que poseían.

Allí, con la destreza de los hijos del desierto, se sirvieron de él para hacer con cortezas y juncos una escala plegada que uno de ellos debia entrar en su aposento el dia convenido bajo sus vestidos.

Los dos jóvenes constructores habian formado ya dos remos. Una gruta de la roca tapada con el musgo era el sitio á que llevaban todos los dias los objetos útiles que encontraban. Su proyecto era escaparse una noche muy oscura y coger una barca de pescadores, reemplazar sus remos con los que habian hecho, y llegar á Niza: habian sabido que distaba algunas leguas de la isla que les servia de prision.

Todo estaba ya dispuesto: únicamente les faltaban que hacer algunos piés de escala, cuando fueron sorprendidos por un subteniente de la guarnicion que andaba cazando por la isla. Volvieron al castillo con la desesperacion en el corazon; preveían que era imposible escaparse.

En efecto, advertido el gobernador, habia hecho registrar el sitio en que habian sido descubiertos: encontraron las provisiones en la roca, la escala envuelta en un forro, y los remos escondidos entre el musgo.

Otro reconocimiento practicado en su habitacion descubrió el cuchillo que habian dentado con ayuda de

una piedra para poder serrar las barras de su ventana.

Ahmed y Ali fueron tratados con mas severidad que ninguno de sus compañeros, separados de sus madres, y encerrados en una habitacion baja de las mas seguras. Entre tanto el gobernador habia escrito á Paris dando cuenta de la tentativa de evasion de los dos jóvenes árabes y pidiendo órdenes.

Algunos dias despues los dos primos eran conducidos de su encierro delante del jefe de la guarnicion. Firmes y resignados, pensaban sin duda que iban á ser castigados con la muerte, como habian visto hacer con los franceses que habian intentado escaparse : aun no conocian la clemencia de sus enemigos.

El gobernador acababa de recibir la orden de poner á las madres en libertad y enviar á los dos primos á Paris. Igual fué la sorpresa de madres é hijos; pero ninguno recibió con alegría la noticia de esta gracia, que segun ellos era una eterna separacion.

¿Qué será de nuestras madres? decian los hijos.

¿Qué de nuestros hijos? decian las madres.

Sin embargo era preciso obedecer.

III.

EL AMOR DEL PAIS.

Algunos dias despues las dos madres llevadas á Alger recibieron algunos socorros del gobernador y se establecieron en ella. Ahmed y Ali llegaron á Paris.

Al momento el ministro de la Guerra les colocó en uno de los mejores colegios de la capital, donde queria darles una brillante educacion.

Santa Margarita era muy triste para los dos prisioneros, y sin embargo allí les parecia el sol tan bello

como en Africa : ¡estaban al lado de sus madres! ¡Pero cuánto sufrió su corazón bajo un cielo sombrío y de nuestro sol que encontraban pálido, lejos de sus mas queridas afecciones! Ellos que tenian tanta facilidad, tanta inteligencia en Santa Margarita, no tenian ni memoria, ni entendimiento ni voluntad; ninguna esperanza : no hacian mas que sentir. Instruido el ministro de su repugnancia á los estudios, se admiró de aquella apatia cuya causa comprendió al momento. Hizo traer á Ali y Ahmed, y él mismo les hizo varias preguntas : les habló de sus madres, de Africa, y los ojos moribundos de los niños adquirieron un brillo repentino.

Al dia siguiente Ahmed y Ali se entregaron al estudio con un afán que dejó pasmados á sus condiscipulos. Y esto no sucedió un dia solo; se sucedian los meses, y durante todo el año su celo y su perseverancia no se desmintieron un solo instante. Llegó la distribucion de premios; Ahmed y Ali hablaban, leian y escribian el francés muy bien : ganaron muchos premios.

¿Qué habia producido este cambio repentino?

Dos sentimientos, el amor á sus madres, el amor á su patria. El ministro les habia prometido que si su trabajo correspondia á lo que podia esperar de su inteligencia, les enviaria á pasar las vacantes en Africa. No habia pasado todo el mes de agosto, cuando les habia cumplido el ministro su promesa.

La chalupa de un barco de vapor desembarcaba en el muelle de Alger á Ahmed y Ali, que sus madres enternecidas acogieron con la mayor alegría.

Durante su permanencia en la ciudad, el ministro quiso darles otra prueba mas de su satisfaccion, y les regaló á cada uno, por medio del gobernador general, un magnífico ejemplar del Coran. Este regalo tenia objeto de desvanecer toda desconfianza religiosa, probando á los correligionarios de los dos jóvenes árabes

que habian observado fielmente sus creencias : de este modo fueron acogidos con las pruebas mas sinceras de cariño y aun de respeto.

Ahmed y Ali habian jurado por Alá volver á Francia despues de haber pasado dos meses en Africa. Sin embargo, era de temer que su instinto de libertad se lo estorbaba y les hiciese ser perjuros. Pero no sucedió así : halagados por la dulzura con que les trataron, y aconsejados además por los indígenas mas recomendables, comprendieron cuántos servicios podrian prestar á sus compatriotas llegando á ser intermediarios entre ellos y los franceses. Guardaron fielmente su promesa y volvieron á Paris.

Ahmed, de un carácter vivo y de un talento privilegiado, está aun indeciso sobre la carrera que debe seguir. Ali, mas reflexivo, ha comprendido todas las ventajas que podria sacar un ingeniero indigena en Argelia, y dirige sus estudios á la escuela Politécnica.

Descripcion del bordado.

1. Cuello mosquetero, bordado feston, punto de rosa y punto de escala.
2. Manga afollada, bordado inglés.
3. Medio cuello Mazarino para niño, bordado guipure.
- 4, 5 y 6. Gorrito de niño de tres piezas.
6. Bando al punto de feston mate.
8. Guarnicion de pantalon plumetis é inglés.
9. A, M, L, bordado fácil.
10. C, G, plumetis rico.
11. A, D, cordoncillo fácil.

El mes de Diciembre.

Pasaron los once meses
Del mas desgraciado año,
Y en el duodécimo yergue
Su frente Diciembre helado.

Ya los nebulosos polos
De súbito abandonando,
Se nos presenta el invierno
De témpanos ataviado.
Pierden los árboles hojas,
El sol recorre el zodiaco,
Y mal humor se divisa
Bajo el sol de fuego orlado.
Y á fe que si nos dijeran
Que el mes se da, pero en cambio,
Daríamos lo que importa
Por el mas usado franco.
¿Acaso es cosa que enduiza
Pesares ó amargo llanto
Sentir en la piel sus dedos
Que ponen en mal estado?
¿Acaso es chiste que arroje
El cielo su faz airando
De condensados vapores
Turbion espeso y sobrado?
¿Y acaso es de agradecerse,
Estando de hielos harto,
Entorno á la chimenea
Ver el cielo encapotado?
Vedlo bajando del polo
Envuelto en espeso manto
Tomando mil precauciones
Y mucho esmero tomando.
Las flores el tallo dejan,
Y con tiempo tan ingrato,
Los jóvenes á los cielos
Piden luz á grito alzado.
Y aunque tales desventuras
Al hombre lo van hastiando,
¿Porqué en Diciembre se tiene
El ánimo esperanzado?

Es cosa que maravilla
Ver que prosigue aumentando
El hombre con el Diciembre
Que está de nieves rodeado,
Que tiritando de frio
Los que llevan ó no paño,
Y el invierno á la natura
De sus galas despojando,
Y haciéndose provisiones
De leña y carbon á pasto,
Tenga sin embargo el hombre
El ánimo esperanzado.
¡Oh! pero es cosa sencilla,
Pues acabándose el año,

El corazón en Diciembre
Tiempo mejor va esperando.
Dispónese el alma fuerte
A un tiempo mas decorado
Por los sueños del deseo
Y el gozo, jamás exausto,



Exclamamos ¡ya veremos!
Como quien dice : ¡descanso!
Y á competir con el tiempo
Se adelanta el hombre osado.
Allá en las antiguas eras
Diciembre al poner su paso
Magnífica entrada hacia
Y era á fe muy estimado.
Pagábanse los tributos

Sin disgusto ni fracaso,
Y el sol desde rojo Oriente
Daba su brillante rayo.
Hoy que el mundo es otra cosa,
Que el siglo de oro ha pasado,
Temblamos como de frio,

Pero de miedo temblando.
¿Quién sabe lo que en Enero
Nos dará el cielo indignado?
¿Quién sabe lo que las nubes
Darán desde el zénit alto?
Por eso es bello Diciembre,
Mes en que se acaba el año,
En que el corazón se crea
Un paraíso dorado,
Y con el alma de pronto
Navegamos delirando.

En el dintel de la puerta
Del tiempo á espacio asentado
Como murallon de bronce
Que está en el cielo tocando,
Estamos dando á los cielos
El acento, ya lanzando
De esa humanidad inmensa
Atomo que gira al paso,
Como en noche de turbiones
El mar que en fiero reclamo
Pide tragarse la tierra
A grito descompasado,
Es cada hombre una arista,
Un átomo que girando,
Se levanta con la idea
Hasta el firmamento santo.
Finjamos que en este mundo
Para gozar de descanso,
Tomamos pues y en Diciembre
Asiento al sol inflamado.
Es decir bajo esa antorcha
Que Dios levanta, asombrando
A cuantos le dan su acento,
Voz, plegaria, nota ó canto.
Preparémonos á Enero
En nuestro Diciembre helado,
Y miéntras que lanza hielos
La faz del mundo cambiando,
Y el cielo de sombras viste

Y con los brazos cruzados,
En torno á la chimenea
Vamos al par meditando,
Abroquelemos el pecho
Con sol de esperanza ufano.
¡Que quien en Diciembre fia
Es mas fuerte cada año!

J. R.

INDICE DE LAS MATERIAS

DEL TOMO CUARTO.

Número 79.	páginas.
Insurrección de la Grecia (grabado).....	1
Romance.....	2
Revista de Paris.....	id.
Los Balkanes.....	3
La Distancia, fábula.....	id.
Campamento de los ingleses en Scutari (grabados).....	id.
San Mandrier (grabados).....	5
Revista de Madrid.....	6
Biografía de D. Juan Arólas.....	7
Una vista á Marengo y á sus monumentos (grabados).....	8
Margarita Pusterla, novela.....	10
Recuerdos de la América meridional (grabados).....	12
El minero de Siljan.....	14
Revista de la moda.....	15
Las catacumbas de San Pedro.....	id.
Puente de hierro en planchas (grabado).....	16

Número 80.	páginas.
Casa del consulado francés en Galipoli (grabado).....	17
Caprichos literarios.....	18
Revista de Paris.....	id.
A un ojo malo.....	19
La Dobrudja (grabados).....	id.
La feria de Baucaire (grabados).....	21
Filiología moral.....	22
Biografía de D. Juan Arólas.....	23
Un camino en Noruega (grabados).....	id.
Margarita Pusterla, novela.....	26
Melodías árabes.....	28
La fonda de San Nicolás en Nueva-York (grabado).....	id.
Barómetro.....	30
El sueño de oro.....	id.
Un incendio célebre.....	31
Retrato de Carlo-Magno.....	id.
Mehmed-Bajá, gran visir (grabado).....	32

Número 81.	páginas.
Album oriental (grabado).....	33
Juan Tachuelas.....	id.
Cadencia sostenida.....	34
El Bengali.....	35
Vely-Eddin-Rifaat-bajá (grabado).....	id.
Cantores y músicos nocturnos durante el ramazan, en Constantinopla (grabado).....	36
Puertos de Francia (grabados).....	37
Revista de Paris.....	38
Margarita Pusterla, novela.....	id.
Categorías y razas en la Valaquia (grabados).....	40
Pronósticos é indicios de las variaciones en el estado y temperatura de la atmósfera.....	42
Revista de la moda.....	43
Veinticuatro horas en la Gran Cartuja (grabados).....	id.
Biografía de D. Juan de Arólas.....	45
La fiesta del Salto del Doubs (grabado).....	47

Número 82.	páginas.
Hundimiento de un puente en Leon (grabado).....	49
Apuntes para un drama.....	50
Revista de Paris.....	51
La tarde en el mar.....	id.
La procesion de la fiesta del Córpus (grabados).....	id.
El combate del 13 de junio delante de Silistria (grabado).....	53
Teatro latino. — Estudios sobre Plauto.....	54
Margarita Pusterla, novela.....	55
Telégrafo eléctrico.....	id.
Revista de las tropas francesas en la llanura de Bami-Tchiftilik, en presencia del Sultan (grabados).....	56
Costumbres populares de Inglaterra.....	58
La muralla de Trajano.....	59
Atmósfera marítima.....	id.
La Luminaria (grabados).....	id.
Acapulco, en Méjico (grabado).....	61
El señor José Gonzalez.....	id.
Anarquía en materia de gustos sobre la apreciacion de la belleza.....	62
La última hoja.....	63
A J***.....	id.
Los plumíferos universales.....	id.
Montañas lunares.....	id.

páginas.	páginas.
Descripcion del bordado.....	id.
El mes de Julio (grabado).....	64

Número 83.	páginas.
Africa francesa (grabado).....	65
Apuntes para un drama.....	id.
Revista de Paris.....	67
Expedicion de Podor en el Senegal (grabados).....	id.
Teatro latino. — Estudios sobre Plauto.....	70
Las antesalas del infierno.....	71
Caminos de hierro en el Canadá.....	id.
Jubileo de Nuestra Señora de la Treille en Lila (grabados).....	72
Margarita Pusterla, novela.....	74
Monografía de la corbata.....	75
Lana vegetal.....	id.
El Rhin (grabados).....	76
El camino de hierro del Pacífico (grabado).....	79
Perlas artificiales.....	id.
Revista de la moda.....	id.
Pequeña estatua en bronce del siglo XV, representando á Juana de Arco, llamada por otro nombre la doncella de Orleans (grabado).....	80

Número 84.	páginas.
Expedicion al mar Báltico (grabado).....	81
Apuntes para un drama.....	82
Revista de Paris.....	83
Correspondencia de Oriente (grabados).....	id.
Tres cartas acerca de la Finlandia.....	86
Astronomía.....	87
El Birman (grabados).....	id.
Margarita Pusterla, novela.....	90
Consideraciones sobre las causas que produjeron el actual estado político, económico y social de Inglaterra.....	id.
El Rhin (grabados).....	91
Darse al diablo.....	94
Melodías hebreas.....	95
Alejandro Maurocordato, presidente del consejo de ministros en Grecia (grabado).....	id.
Estatua del general Carlos Abatucci (grabado).....	96

Número 85.	páginas.
Captura de un buque y de una chalupa de piratas por la corbeta de vapor la <i>Infernal</i> , capitán Rostang, el 29 de junio de 1854 (grabado).....	97
Apuntes para un drama.....	98
Revista de Paris.....	99
Establecimiento chino (grabados).....	id.
Curiosidad fisiológica.....	102
Margarita Pusterla, novela.....	id.
Efecto de los anteojos.....	103
Fortificaciones de Sebastopol (grabados).....	104
Tres cartas acerca de la Finlandia.....	106
El Rhin (grabados).....	107
Un hecho frenológico.....	110
Revista de la moda.....	111
Invencciones y descubrimientos.....	id.
Correspondencia de Oriente (grabados).....	id.

Número 86.	páginas.
El mar Negro (grabados).....	113
Apuntes para un drama.....	114
Un camino en la Laponia (grabados).....	115
Revista de Paris.....	118
Teatro latino. — Estudios sobre Plauto.....	119
Nueva guardia imperial francesa (grabados).....	120
Tres cartas acerca de la Finlandia.....	122
¿Wigh ó tory? Ciudadano.....	123
La Rita, cancion madrileña con acompañamiento de piano.....	124
Margarita Pusterla, novela.....	125
De la caza.....	127
El mes de Agosto (grabado).....	128

Número 87.	páginas.
El nuevo virey de Egipto (grabado).....	129
Los Criados.....	id.

páginas.	páginas.
Revista de Paris.....	130
El lago Blanco, Balta-Alba (grabados).....	131
¡Moralidad! ¡Moralidad!.....	134
Exposicion de los diversos sistemas de telegrafia adoptados en los caminos de hierro, por M. Regnault.....	135
Expedicion del Báltico salida para las islas de Aland (grabados).....	136
Margarita Pusterla, novela.....	137
Una excursion en la Nubia (grabados).....	139
La muerte de Cromwell.....	142
Revista de la moda.....	143
Los viajeros en la China (grabados).....	id.

Número 88.	páginas.
Concierto en el jardin de las Tullerías (grabado).....	145
El Tirteo español.....	id.
Revista de Paris.....	146
A mis ojos.....	147
Las fiestas del 15 de agosto (grabados).....	id.
Margarita Pusterla, novela.....	150
Batalla de Usurghet. — Ejército de Asia (grabados).....	151
El lago Blanco, Balta-Alba.....	154
Mi tia María.....	155
Expedicion del Báltico (grabados).....	157
A Licori.....	158
La muerte de Cromwell.....	id.
Destruccion de San Juan de Nicaragua (grabado).....	159
Copa sagrada de los emperadores de la China para el culto de los antepasados. — Jarron antiguo, episodio de la revolucion de 1644 (grabados).....	160

Número 89.	páginas.
Exéquias de la Sontag en Méjico (grabado).....	161
El Tirteo español.....	162
Revista de Paris.....	163
De las supercherías de la Rusia (grabados).....	id.
Sir Edmond Lyons, contra-almirante; sir Carlos Napier, el almirante Dundas, el almirante Corry (grabados).....	165
Margarita Pusterla, novela.....	166
El mar Negro. — Expedicion del <i>Vauban</i> (grabado).....	167
La Crimea.....	170
O la á la memoria de la célebre cantatriz Enriqueta Sontag.....	171
Revista de la moda.....	id.
Episodios de viajes (grabados).....	id.
Isla de Fernando Póo.....	174
Los infiernos.....	175
Monumento erigido á la memoria del Taso en Roma (grabado).....	176

Número 90.	páginas.
Las bodas de Fatma sultana (grabado).....	177
El Tirteo español.....	178
Revista de Paris.....	id.
Recuerdos de un dia en Solo en la isla de Java (grabados).....	179
Margarita Pusterla, novela.....	182
El topo y otros animales.....	183
El puerto y la ciudad de Odesa (grabado).....	id.
Gonzalo Fernandez de Oviedo y las Quincuagenas.....	186
La Crimea.....	id.
La flor de la canela, cancion andaluza con acompañamiento de piano.....	188
Costumbres rusas (grabados).....	189
Toniotto y María.....	190
La niña sin corazon.....	191
Los infiernos.....	id.
El mareómetro de San Malo (grabado).....	192

Número 91.	páginas.
El incendio de Varna (grabado).....	193
El Tirteo español.....	id.
Revista de Paris.....	194
Una pesca de conchas en Taiti (grabados).....	195
Margarita Pusterla, novela.....	198
Historia de la toma de Bomar-Sund (grabados).....	199
Toniotto y María.....	202
Villanesca.....	203
En un álbum.....	id.
Sport acuático. — Regatas (grabados).....	204

INDICE.

	páginas.		páginas.		páginas.	
El Tigre y la Zorra.....	206	Manufactura de tabacos en Paris (grabados).....	275	Los pieles-rojas (grabados).....	339	
El Sepulcro.....	id.	Crónica de Granada. — El dos de Enero.....	278	La corona de fuego.....	342	
Crónica de la Suecia.....	207	Extraccion del oro y de la plata.....	279	La Paloma.....	343	
Descripcion del bordado.....	208	La Batalla del Alma (grabados).....	id.	El palacio de la Exposicion Universal (grabados).....	id.	
El mes de Setiembre (grabado).....	id.	Cancion.....	282	Novelas rusas : Taman; la princesa Mery.....	346	
Número 92.			Novelas rusas : Blanca.....	id.	Ligeros apuntes de un viaje por la América meridional (grabados).....	347
Llegada del general Bodisco al Havre (grabado).....	209	La gruta de San Andrés en Niza (grabados).....	284	El rey de Calabria.....	350	
El Tirteo español.....	210	Los hombres con rabo (grabados).....	id.	Descubrimiento.....	351	
Revista de Paris.....	id.	Margarita Pusterla, novela.....	286	Revista de la moda.....	id.	
El Solitario del Betis.....	211	Revista de la moda.....	287	El mes de Noviembre (grabado).....	352	
Ejército de Anatolia. — Batalla de Kars (grabados).....	id.	El rompe-olas flotante (grabados).....	288	Número 101.		
El Cáucaso (grabados).....	213	Número 97.			La exportacion de vinos en España (grabado).....	353
Margarita Pusterla, novela.....	214	Funerales del mariscal Saint-Arnaud (grabado).....	289	Pelayo.....	354	
El Cáucaso (grabados).....	215	Letrilla.....	290	Tu Sonrisa.....	id.	
El Tigre y la Zorra.....	218	Revista de Paris.....	id.	Revista de Paris.....	355	
La artillería inglesa.....	id.	Los aliados en Balaklava (grabados).....	291	Sebastopol (grabados).....	id.	
Crónica de Suecia.....	219	El Anónimo.....	293	Las ferias de Madrid.....	358	
Flora de América (grabados).....	id.	Margarita Pusterla, novela.....	294	El Llanto.....	id.	
Los dos primos.....	222	Colonias agrícolas de la Argelia (grabados).....	295	Los pieles-rojas (grabados).....	id.	
Revista de la moda.....	223	Novelas rusas : Blanca.....	297	Cuestiones críticas literarias.....	362	
La Finlandia (grabados).....	id.	Ascension al Popocatepetl (grabados).....	299	La Nueva-Caledonia (grabados).....	363	
Número 93.			El palacio y el parque del Raincy (grabados).....	301	Novelas rusas : La princesa Mery.....	366
Destruccion de los fuertes de Bomar-Sund (grabado).....	225	La gaceta de Honduras.....	302	Batallon griego de Balaklava (grabado).....	368	
El Tirteo español.....	id.	Tradiciones y leyendas.....	id.	Los Niptipitecos (grabado).....	id.	
Revista de Paris.....	226	Pila hidrodinámica.....	303	Número 102.		
El Tigre y la Zorra.....	227	Dos poetas.....	id.	Balaklava (grabado).....	369	
Preparativos de la expedicion de la Crimea (grabados).....	228	El príncipe Demetrio Stirbey, hospodar de la Valaquia (grabado).....	304	Discurso del señor D. Francisco Martinez de la Rosa, en la apertura del Ateneo de Madrid.....	id.	
El fumador de haquic, ó historia de un grano de trigo.....	230	Número 98.			Revista de Paris.....	371
Los dos primos.....	231	El general Bosquet (grabado).....	305	Vistas, escenas y episodios referentes á la campaña de Crimea (grabados).....	id.	
Camino de las gargantas del Vercors (grabados).....	232	El Arriero.....	306	La Primavera y las Lilas.....	374	
Margarita Pusterla, novela.....	234	Revista de Paris.....	307	El Otoño.....	id.	
Niza. — La Cartuja de Val-Presio (grabados).....	236	Un reconocimiento en Sebastopol (grabado).....	id.	Sebastopol (grabados).....	376	
Influencia del alumbrado sobre las costumbres.....	238	Fin trágica de sir John Franklin y de sus compañeros.....	308	Novelas rusas : La princesa Mery.....	378	
La leyenda de Whittington.....	id.	Nuevo sistema de puente para el paso de los rios por la tropa (grabado).....	309	Revista de la moda.....	382	
Inauguracion del primer camino de hierro noruego (grabados).....	240	Margarita Pusterla, novela.....	id.	Pormenores estratégicos sobre el ataque de una plaza (grabado).....	383	
Número 94.			Gibraltar (grabados).....	311	El capitán de ingenieros Schmitz (grabado).....	384
El fuerte de Bomar-Sund (grabado).....	241	Historia de las modas.....	314	Número 103.		
El Tigre y la Zorra.....	id.	Ciencias.....	id.	Carruajes para el transporte de heridos en el ejército de Oriente (grabados).....	385	
Revista de Paris.....	242	Explicacion de la ascension de los aeronautas.....	315	Al Faro de Glen-Cove.....	386	
La Corona de Oro.....	243	Viaje al interior de Africa, Costa de Oro (grabados).....	id.	El Sol poniente.....	id.	
Los prisioneros de Bomar-Sund en la isla de Aix (grabados).....	id.	El Loco.....	318	Revista de Paris.....	387	
Monumentos anteriores al siglo XIII.....	245	Una tertulia en casa de Samuel Johnson.....	319	Los pieles-rojas (grabados).....	390	
La leyenda de Whittington.....	247	Revista de la moda.....	id.	La faja verde.....	391	
El bambú de China.....	id.	Introduccion y aclimatacion en Europa del gusano de seda del ricino comun (<i>Bombice Cinthia</i>) que produce la seda de los pañuelos de la India (grabado).....	320	La fiesta de Navidad (grabados).....	394	
Las flotas en Varna el 5 de setiembre (grabados).....	id.	Número 99.			Apuntes sobre la Rusia contemporánea.....	id.
Margarita Pusterla, novela.....	250	Baktschisarai en la Crimea (grabado).....	321	Novelas rusas : La princesa Mery.....	396	
La Dobrudja (grabados).....	251	El Arriero.....	322	Despues de la batalla de Inkermann. — Fraternidad de los dos ejércitos (grabado).....	397	
Los fuegos de Holy Head.....	254	La Rutina.....	323	Polka.....	399	
Revista de la moda.....	255	Sebastopol (grabados).....	id.	Número 104.		
Sports de Longchamps (grabados).....	id.	Dos composiciones de Alfredo Rethel (grabados).....	325	Huracan del 14 de noviembre en el mar Negro (grabado).....	401	
Número 95.			Revista de Paris.....	326	Revista de Paris.....	402
Fuerzas militares de la Rusia (grabado).....	257	Los suministros y el equipo del ejército francés en Oriente	id.	La batalla de Inkermann (grabado).....	id.	
El Tirteo español.....	id.	El castillo de Cabra.....	327	La isla de Jersey (grabados).....	405	
Revista de Paris.....	258	Viaje al interior de la costa de Africa (grabados).....	id.	El Siglo de Oro.....	406	
La Abisinia (grabados).....	259	Novelas rusas : Blanca; Máximo Maximitch; Taman.....	330	Apuntes sobre la Rusia contemporánea (grabados).....	407	
Monumentos anteriores al siglo XIII.....	262	La tierra é María Santísima, cancion andaluza.....	332	Novelas rusas : La princesa Mery; el Fatalista.....	410	
Expedicion de Crimea (grabados).....	263	Sobre la division de las propiedades en Francia é Inglaterra.....	333	Trajes del imperio ruso (grabados).....	412	
Margarita Pusterla, novela.....	266	Octavio.....	334	Los Pensamientos.....	id.	
Los toros del Puerto, cancion andaluza con acompañamiento de piano.....	268	Tesoros subterráneos.....	335	Alí y Ahmed.....	416	
Novelas rusas : Blanca.....	270	Historia de los amuletos.....	id.	Descripcion del bordado.....	id.	
Los fuegos de Haly-Head.....	271	Concierto patriótico en Londres (grabado).....	336	El mes de Diciembre (grabado).....	id.	
El mes de Octubre (grabado).....	272	El telescopio de lord Rosse (grabado).....	id.	Número 96.		
Número 96.			Número 100.			
El general Canrobert (grabados).....	273	Exposicion de los productos mas bellos de la raza humana en Springfield (grabado).....	337	Número 97.		
El Tirteo español.....	274	La niña de ojos azules.....	338	Funerales del mariscal Saint-Arnaud (grabado).....	289	
Revista de Paris.....	id.	Revista de Paris.....	id.	Letrilla.....	290	

FIN DEL INDICE.